

7900

JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

LOS NUEVOS YERNOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Fontalba en la noche del 2 de octubre de 1925.



Administración de las obras teatrales

de JACINTO BENAVENTE

Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas : de dos y media a cinco.

1925

16



LOS NUEVOS YERNOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, 1925, by Jacinto Benavente.

JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.



LOS NUEVOS YERNOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA



Estrenada en el Teatro Fontalba en la noche del 2 de octubre de 1925.



MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Calle del Arenal, núm. 11.

1925

76

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PAULINA.....	CARMEN RUIZ MORAGAS.
MARÍA ISABEL.....	BLANCA JIMÉNEZ.
DOLORITAS.....	PILAR PÉREZ.
CELESTE.....	AMPARO QUILIS.
MARQUESA DE RONDÓN.....	EUGENIA ILLESCAS.
EMILÍN.....	CARMEN NIETO.
ISIDORO.....	RICARDO PUGA.
MARQUÉS DE MONTIEL.....	ALBERTO ROMEA.
MAURICIO.....	JULIO F. ALYMÁN.
MANOLO POMAR.....	NICOLÁS RODRÍGUEZ.
MARQUÉS DE RONDÓN.....	EVARISTO VEDIA.
TUTURITO.....	JUAN ORDUÑA.
EDUARDO.....	RAFAEL MANRIQUE DE LARA.
PÉREZ FERNÁNDEZ.....	ALFREDO ALÁIZ.
MARTÍNEZ PÉREZ.....	ANDRÉS NOVO.
CRIADOS.....	{ MANUEL PACHECO.
	{ CARLOS HEREDERO.



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



ACTO PRIMERO

Sala elegante en casa de Isidoro. Es de noche.

ESCENA I

MANOLO POMAR y un CRIADO.

- MANOLO ¿Dónde está el aparato?
- CRIADO Aquí tiene uno el señor. En esta casa hay uno en todas las habitaciones; en algunas, como en el dormitorio de los señores, dos. *(Hablando por teléfono.)* ¿Aló? Espere un momento. *(A Manolo.)* Cuando el señor guste.
- MANOLO Muchas gracias.
- CRIADO ¿Manda algo más el señor?
- MANOLO Nada; muchísimas gracias.
- CRIADO A las órdenes del señor. *(Sale.)*
- MANOLO *(Hablando por teléfono.)* ¡Hola! Sí. ¿Creías que te habíamos engañado? Ya lo ves: estamos aquí. Hemos comido, sí. Muy bien. ¿Convidados? Muchos. ¿Gente distinguida? Poca. Gente de dinero. Mucho dinero. ¿A propósito de dinero? ¿Seis mil pesetas mañana? ¿Qué haces con el dinero? Ya sabes cómo andamos. ¿Que seis mil pesetas es una porquería? ¿Estás loca? ¿Cómo se las va a pedir a su yerno? No le conoces. ¿Que te gustaría conocerle? Perderías el tiempo. Hombre muy práctico.

ESCENA II

DICHOS y el MARQUÉS DE MONTIEL.

M. MONT. He podido escurrirme. ¿Es Candelitas, verdad?

MANOLO Sí. *(Por teléfono.)* Espera, José Manuel va a hablar contigo.

M. MONT. *(Por teléfono.)* ¡Hola! ¿Creías que te habíamos engañado? Hemos comido aquí, en casa de mi hija. Mejor dicho, en casa de mi yerno, que no es lo mismo. Aburridísimos. *(A Manolo.)* Que tú me darás un encargo que te ha dado para mí.

MANOLO Bueno está el encargo. Ya puedes figurarte.

M. MONT. ¿Dinero? *(Por teléfono.)* Se ha cortado la comunicación. Mañana, sí; esta noche quiero acostarme temprano. También yo. Yo tampoco. *(Sonriendo.)* Ya oigo, ya. *(Figurando que da besos.)* ¿Oyes tú? *(Dejando el teléfono a Manolo Pomar.)* Qué chica ésta... Cada día tiene menos juicio.

MANOLO Pues no lo parece, porque cada día pide más dinero.

M. MONT. Sin hacerse cargo de mi situación.

MANOLO ¿Qué dirás que se le ha ocurrido? Que se lo pidas a tu yerno.

M. MONT. ¿A Isidoro? Si ella supiera que la única condición que me ha puesto para arreglar todos mis asuntos es que liquide con ella para siempre. Y lo malo es que mi hija hace causa con él, y son unos sermones... ¿Qué dirás que se les ha metido en la cabeza?

MANOLO ¡Qué se yo!

M. MONT. Casarme. ¡Figúrate, casarme a mis años!

MANOLO Pues como tu yerno se lo proponga.

M. MONT. ¡Ah! ¡No! Ya he consentido demasiadas intromisiones en mi vida, en el orden de mi casa.

MANOLO En el desorden querrás decir.

M. MONT. Las costumbres, buenas o malas, siempre tienen su orden. He reducido mis gastos; he pagado deudas... En fin: mil cosas a que no estaba acostumbrado. ¿Pero casarme...? ¿Y con quién dirás? Con esa Doloritas amiga suya, viuda cuarentona, y la favorezco, con una hija más que casadera.

MANOLO Pero muy frescota todavía, y riquísima, ¿no es eso?

M. MONT. Eso sí, millonaria; por docenas de millones. Su marido era también de esta pandilla, de la de mi yerno; de todos estos consocios y cómplices suyos en las malas artes de hacer dinero de cualquier manera. Te digo que estoy asqueado. ¿Les has oído esta noche? No saben hablar más que de su dinero, de sus negocios. Y mi hija, mi Paulina, ¡parece mentira!, envenenada también.

MANOLO ¡Es un veneno tan dulce!... Querido José Manuel: y si no fuera por tu yerno, ¿qué sería a estas horas de ti, y al decir de ti, digo de nosotros?

M. MONT. No digas; eso de que quiera administrarme material y espiritualmente... Yo he vivido siempre a mi manera, a lo señor, no a lo negociante. Por fortuna, aunque quieran humillarnos con su dinero, en el fondo se reconocen inferiores; por eso nos odian, créelo. La diferencia de clases no está en ser capitalista o proletario, está en ser noble o plebeyo, y entiéndase que puede ser nobilísimo el más pobre labrador, el más humilde obrero, y puede ser plebeyísimo un Grande de España. La nobleza es de orden espiritual, de derecho divino. La mayor grandeza, la de Dios, nació en un establo.

MANOLO Metafísico estás, y eso que has comido, y espléndidamente, porque no dirás que tu yerno no sabe tener su casa.

M. MONT. Lástima fuera que no hubiera aprendido o que viviera con sordidez; pero aun así, gasta sin grandeza de alma, sin espíritu, siempre de un modo

práctico. Para él todo es colocar el dinero; hasta cuando obsequia es por algo; hasta cuando parece que tira, recoge. ¡Ah! Paulina vendrá a buscarme, si a mano viene para que baile un *shimmy* con la viudita.

ESCENA III

DICHOS y PAULINA.

PAULINA ¿No vienes a tomar café?

M. MONT. Me desvela.

PAULINA ¿Quién te llamaba por teléfono?

M. MONT. Del Casino..., unos amigos...

PAULINA ¡Ya! Para que no dejaras de ir esta noche. Te quieren mucho tus amigos.

M. MONT. Tengo esa pretensión.

PAULINA Sí que es pretensión a tus años.

M. MONT. ¡Qué quieres! Cuando termina la edad de las locuras, empieza la de las tonterías. Todo es respetable.

PAULINA Ya sabes que ni Isidoro ni yo podemos consentir que sigas haciendo el ridículo.

M. MONT. Ni Isidoro ni tú tenéis para qué intervenir en lo que no os importa. No soy un chiquillo.

PAULINA Tenemos el deber de velar por ti, por tu salud y por tus intereses.

M. MONT. Menos mal que has puesto la salud por delante.

PAULINA Tu salud y tu tranquilidad. Con un poco de juicio puedes ordenar tu vida. No se te presentará otra ocasión.

M. MONT. ¿Es una ocasión? ¡Qué lenguaje más mercantil!

PAULINA Diga usted, Pomar, si no le conviene por todos estilos. Si yo no lo creyera así, comprenderás que no iba a proponértelo; no es natural que los hijos procuren que sus padres vuelvan a casarse.

M. MONT. ¡No es natural! No era natural en otros tiempos; ahora todo es corriente.

PAULINA Es que se trata de una verdadera señora, intachable por todos conceptos; y no habla de intereses, porque ni Isidoro ni yo hemos pensado en la cuestión de intereses; pero Isidoro, mejor que yo, puede decirte que se trata de un capital, un capital muy respetable. Pero eso es lo de menos.

M. MONT. No, hija, no. Ya puestos, el capital no es el menor atractivo, y si algo pudiera decidirme...

PAULINA No es para que lo tomes a broma, papá; es para que pienses en ello muy seriamente y te decidas sin vacilaciones; porque Doloritas está pendiente de tu resolución para quedarse o marcharse a uno de sus viajes.

M. MONT. Esa es otra. Una señora que se ha propuesto recorrer todo el mundo. Yo que detesto los viajes con toda su secuela de trenes, equipajes y hoteles.

PAULINA Doloritas viaja por complacer a su hija, que no ha querido casarse por no dejar sola a su madre; pero en cuanto haya casado a su madre, ella se casará en seguida, y viajará con su marido. Doloritas es una mujer muy de su casa, hay pocas casas tan en orden como la suya. Ya te harás cargo; pasado mañana comemos allí.

M. MONT. No sabía...

PAULINA Nos ha invitado. A ti dijo que no se atrevía; me dió a mí el encargo. Y usted también, Pomar; usted también está convidado.

MANOLO Muchas gracias.

PAULINA Doloritas sabe que es usted el mejor amigo de papá, muy buen amigo, porque todos sabemos que no le da usted más que buenos consejos, y ahora también no dejará usted de aconsejarle.

MANOLO No lo diga usted con ironía, porque a mí ese matrimonio me parece muy razonable y muy conveniente.

- M. MONT. ¿También tú?
- MANOLO Si yo estuviera en tu caso, no dudaría un momento; pero yo, sin un título nobiliario como tú, sin una posición social, ¿cómo voy yo a encontrar esas gangas?
- PAULINA ¡Pomar, por Dios, eso de ganga!
- MANOLO No me refiero a la cuestión de intereses; nadie hemos pensado en eso. Digo ganga porque una mujer sería, viuda, honorable, que sabe gobernar una casa, diga usted si no es una ganga.

ESCENA IV

DICHOS y MARÍA ISABEL

- M.^a ISABEL ¡Paulina, por Dios!, que me has dejado sola, y como yo apenas conozco a muchos de esos señores, no sé de qué hablarles.
- M. MONT. Lo mismo me sucede a mí. Tú eres de verdad hija mía: tampoco transiges con esa gente.
- M.^a ISABEL ¡Ah! Estás muy equivocado; no se lo transijo, sino que estoy muy de su parte. Cuando ha pasado una, y está pasando, tantos apuros, es un descanso encontrarse entre esta gente, que habla de dinero con la naturalidad de estar seguro de que se tiene; porque no es lo mismo hablar de dinero por fe que por recuerdos o por esperanzas. ¡Y queremos hacer creer, para consolarnos en algo, que no son distinguidos! Más distinguidos que nosotros. ¿Cuándo hubiéramos podido dar en casa una comida como la que nos ha dado Paulina esta noche?
- M. MONT. Porque tu hermana sabe, porque tu hermana es distinguida.
- M.^a ISABEL Sí; pero sin un *chef* como el que se ha traído de París y unos criados ingleses a diez libras al mes, y un servicio de mesa por miles de duros...

M. MONT. Todo eso puede suplirse con buen gusto, con distinción. En cambio, ¿de qué has oído hablar en la mesa? Del Roll de las cien mil pesetas que compró el uno; de las acciones de Peña Rica, que suben; de las metalúrgicas, que bajan. ¡Aquellas comidas de casa de tu tía María Clara! Allí se derrochaba ingenio, gracia.

M.^a ISABEL Y se comía de perros. La pobre tía se amparaba del españolismo, y un día eran callos a la madrileña, y otro judías estofadas, y otro bacalao a la vizcaína... Recuerdo que a los postres siempre andaba un bote de bicarbonato de mano en mano. Y la conversación ingeniosa, no digas: las gracias que llevaban ensayadas Teresita Santoja y Polito Tomillares.

M. MONT. Cuando vosotras erais ya mayores, no digo; ya no era lo mismo; pero unos años antes...

M.^a ISABEL Sí, todo fué siempre antes. Bueno, Paulina, atiende a tus invitados y mándame a Isidoro, que tengo que hablarle de algo muy importante.

PAULINA Y papá viene conmigo. Le necesito.

M.^a ISABEL ¿También tú? ¡Todos conjurados! Vamos allá.
(Salen Paulina y el Marqués de Montiel.)

ESCENA V

MARÍA ISABEL y MANOLO POMAR.

M.^a ISABEL ¿No es verdad, amigo Pomar, que se siente uno como avergonzado entre esta gente? Papá, claro es, como ha vivido siempre a su capricho y en sus tiempos todavía nuestra casa era algo; pero los que hemos tenido que padecer las consecuencias... Yo que hice el disparate de casarme enamorada con un hombre simpatiquísimo, eso sí, pero como todos los hombres simpatiquísimos, sólo me sirvió para coleccionar autógrafos

y retratos de mis mejores amigas y de muchas celebridades femeninas en todos los géneros. Como el pobre murió de un modo tan desgraciado y tan repentino, supusieron, con razón, que yo había de encontrarme entre los papeles todos los documentos, y las hubo que se atrevieron a pedirme sus cartas y sus retratos; de alguna me los pidió el mismo marido, suplicándome que no dijera nada a su pobrecita mujer. No se puede ser más delicado. Mi hermana Paulina ha sabido más que yo; el mundo va muy de prisa, y en pocos años ella ha tenido la suerte de alcanzar otros tiempos. Cuando yo me casé ningún hombre joven tenía dinero; el que esperaba heredar de sus padres, y el dinero que se va a heredar, ya sabemos que sólo sirve para entramparse a cuenta. Hombres como Isidoro, que a los treinta y tantos años tengan una fortuna, no se ha visto hasta ahora. Digan lo que digan, hay una juventud que vale más, que trabaja, que se ha dejado de romanticismos. Por supuesto, cuando yo oigo a Isidoro hablar de sus negocios, de sus empresas, crea usted que me produce más admiración que si le oyera hablar de batallas y de torneos. Yo comprendo hasta que mi hermana esté enamorada.

MANOLO Isidoro es muy simpático, de figura muy agradable. Lo que su padre de usted no le perdona...

M.^a ISABEL Que no le consienta hacer chiquilladas. ¿Le parece a usted, a sus años andar todavía con amiguitas?

MANOLO Yo no creo...

M.^a ISABEL Vamos, Pomar, lo sabe usted como todos. Pues Isidoro está resuelto a que eso termine; ya lo ha dicho. Cualquiera día de estos, con una circular como la que ha pasado a todos los acreedores de papá, manda a uno de sus empleados a liquidar con esa señorita.

- MANOLO ¿Sería capaz?
- M.^a ISABEL Usted que tiene influencia con papá, convéñzale usted. Yo no creo que a sus años se trate de ninguna pasión.
- MANOLO ¿A sus años dice usted? A sus años esas cosas son peor que una pasión: son una costumbre.
- M.^a ISABEL Una malísima costumbre. Convéñzale usted de que está haciendo el ridículo; eso le dará que pensar.
- MANOLO Si ya está convencido; pero es lo que él dice: a cierta edad, ¿cómo puede demostrarse el cariño más que haciendo el ridículo?

ESCENA VI

DICHOS e ISIDORO.

- ISIDORO Me dijo Paulina que querías hablar conmigo.
- M.^a ISABEL Sí; como sé que mañana reunes a los acreedores de papá, quería hablar antes contigo.
- MANOLO Dejo a ustedes; me quedé por acompañar a María Isabel mientras usted llegaba.
- M.^a ISABEL No se vaya usted por temor a ser indiscreto. Usted es de confianza, y los asuntos de papá no son un secreto para nadie; para usted mucho menos.
- MANOLO De todos modos, son asuntos íntimos...
- M.^a ISABEL Como usted quiera. *(Sale Manolo.)*

ESCENA VII

ISIDORO y MARÍA ISABEL.

- ISIDORO A este gorrón también le tengo yo unas ganas... Toda la vida viviendo a costa de tu padre.
- M.^a ISABEL Sí; pero hay que ser diplomáticos; todavía puede

ayudarnos mucho; tiene mucha influencia con papá, y hacernos un enemigo de él, podría perjudicarnos. Y aparte la gorronería, que no es grave pecado, es buena persona.

ISIDORO No digas; un adulón que siempre está de acuerdo con el último que le convida. Yo sé bien que a mí no puede verme ni en pintura, y sé que tiene la poca vergüenza de ir hablando bien de mí a todo el mundo. Hoy está aquí porque Paulina, contra mi voluntad, le convida a comer cuando viene tu padre; pero si espera sablearme algún día..., en esa le espero.

M.^a ISABEL No tengas cuidado; su verdadera habilidad ha sido siempre ésa justamente; deslindar el campo de sus amistades: de un lado, con los que se ha de vivir, a los que no se debe pedir dinero nunca; de otro, los que no pueden servir para otra cosa más que para pedirles dinero.

ISIDORO Pues a mí que no me incluya ni entre los unos ni entre los otros. Yo no soy como tu padre, que no ha podido vivir nunca sin tener a su lado uno de estos bufones; sobre que nunca me han hecho gracia sus gracias; verdad es que a mí me hacen muy poca gracia los graciosos; para reírme voy al teatro; en la vida me gusta la gente seria. No he conocido a ningún gracioso que tenga dos pesetas.

M.^a ISABEL Debe ser verdad, porque mi marido era graciosísimo.

ISIDORO Y te dejó arruinada.

M.^a ISABEL Hemos venido a parar adonde íbamos. De eso quería hablarte. ¿Tú crees que después de arreglados los asuntos de papá nos quedará algo?

ISIDORO Si tu padre no se pone majadero...; porque tiene un modo tu padre de entender la caballerosidad... No pagar en absoluto le parecía muy caballeresco, y ahora que los acreedores por cobrar se contentarán con cualquier cosa, dice que su

caballerosidad no le permite regatearles nada; y si se paga todo os quedaréis *in albis*.

M.^a ISABEL Pero tú harás lo que convenga, sin hacerle a papá ningún caso.

ISIDORO Naturalmente. Como tu padre es de unos tiempos en que lo corriente era que los suegros pagaran las trampas de los yernos, no le cabe en la cabeza que un yerno tenga que arreglarle las trampas a su suegro. Pero yo prefiero que sea así, porque me moriría de vergüenza si a mí tuviera que sacarme de apuros, no digo mi suegro, aunque fuera mi padre. Yo no debo nada a mi padre, más que la vida y dos o tres trajes de niño. En mi casa se vivía muy mal, y yo dejé mi casa en cuanto supe andar solo. Yo he aspirado siempre a vivir bien, lo mejor posible; no he tenido envidia más que al que tenía dinero, y lo único que me ha importado saber qué medios había para tenerlo. Pronto supe los que había: uno, robar: no muy fácil, peligroso y sucio; otro, trabajar: limpio, pero difícil y premioso; otro, el mejor, que es mitad y mitad: los negocios.

M.^a ISABEL Me gusta tu franqueza.

ISIDORO ¡Naturalmente! En los negocios hay una honradez como en la guerra: ir contra el enemigo, no hacer nunca traición a los suyos, pero a los contrarios, caiga el que caiga. Yo he sabido defender siempre el dinero que se me confiado. Ahora..., el del otro lado...

M.^a ISABEL Oye, ya sé que será una broma vuestra: de Paulina y tuya; pero la boda de papá con Doloritas no sería ningún disparate.

ISIDORO ¿Pero tú crees que es una broma? Serio y muy serio; se casarán.

M.^a ISABEL No creo. Papá es muy suyo; le gusta su vida independiente, a su capricho.

ISIDORO Ya no está en edad de hacer el pelele con esa Candelitas, que, además, le cuesta un dineral;

pero, en fin, eso lo arreglo yo con cuatro o cinco mil pesetas como indemnización, y ya están bien. ¿La boda con Doloritas dices? Ya se convencerá; todo es que se encuentre una fórmula caballeresca para decidirse.

M.^a ISABEL ¿Pero ella?... ¿Habéis contado con ella?

ISIDORO Sí; a pesar de ser una mujer juiciosa, le seduce la idea de ser marquesa, marquesa de Montiel. Han sido muchos años de mostrador con su primer marido.

M.^a ISABEL Pues los lleva muy bien.

ISIDORO Es una mujer muy inteligente, ha viajado por todo el mundo y tiene el buen gusto de no hablar de sus viajes, como los de Rondón, que se sientan a comer y convierten el *menú* en una película de viajes. «Te acuerdas — le dice el Marqués a su mujer — dónde comimos también esta sopa?... En Italia — contesta ella, porque ella, en saliendo de las naciones, se embrolla —. En Italia, claro está; pero en Milán. ¿No te acuerdas?» Y así a cada plato entre el Marqués y la Marquesa y sus hijos Emilín y Tutturito nos van colocando todos sus viajes.

M.^a ISABEL Es que los de Rondón son insoportables; yo no sé qué gusto tenéis en tratarlos.

ISIDORO No es gusto, es obligación. El Marqués es el presidente de nuestra Sociedad.

M.^a ISABEL Pero si parece tan bruto.

ISIDORO Para lo que no le importa; para los negocios es un águila. El que le engañe a él... Hay quien dice que la Marquesa allá en tiempos... Pero ya te digo, eso es también de las cosas que a él no le han importado nunca.

ESCENA VIII

DICHOS y PAULINA.

PAULINA María Isabel, Emilín y Tutturito quieren lucir sus habilidades coreográficas; pero quieren que toques tú el piano, porque el sexteto no conoce el *shimmy* que ellos bailan.

M.^a ISABEL ¿Pero van a dar saltos mortales como el otro día?

PAULINA Supongo, porque se han ido a mi cuarto los dos hermanos, y creo que Emilín va a ponerse el traje de frac de su hermano y Tutturito el vestido de su hermana.

M.^a ISABEL Voy, voy corriendo; no quiero perderme esa fe de erratas. ¿Vienes?

PAULINA Sí, voy en seguida. (*Sale María Isabel.*)

ESCENA IX

PAULINA e ISIDORO.

PAULINA ¿María Isabel te habrá hablado de los asuntos de papá? ¡Pobre María Isabel! La vida es muy difícil para ella; ha tenido que reducirse tanto...

ISIDORO Ya sabe que puede vivir con nosotros si quiere; con mucho gusto por mi parte.

PAULINA Ya sabes que María Isabel es muy delicada. A María Isabel lo que le convendría sería volver a casarse, pero con más juicio que la primera vez. ¿Con quién podríamos casarla? ¿No se te ocurre a ti entre tus amistades?

ISIDORO Así, al pronto... En la primera junta de accionistas refrescaré la memoria; alguno puede que nos convenga.

PAULINA Claro es que ella podía casarse con Mauricio

Buitrago, que la quiere desde antes de casarse; pero no es boda.

ISIDORO ¿Mauricio Buitrago está enamorado de María Isabel?

PAULINA Muy enamorado. ¿Pues por qué creías que habla tanto conmigo?

ISIDORO Porque creía que quien le gustabas eras tú.

PAULINA ¡Qué disparate! Perdería el tiempo.

ISIDORO Lo sé; por eso no me preocupaba.

PAULINA Ya no hay ninguna mujer que se estime en algo que tenga un amante. Eso sí que está anticuado. En otros tiempos, cuando había más hipocresía, más miramientos, más dificultades para comunicarse hombres y mujeres, aunque no fuera más que por el atractivo de la curiosidad... La franqueza y la libertad de las amistades entre hombres y mujeres ha quitado su interés al amor. Otra enfermedad llamada a desaparecer a fuerza de vacunas preventivas. Si tú supieras que Mauricio no me habla más que de ti.

ISIDORO ¿De mí?

PAULINA Sí; me dice siempre: «¿Pero no podría tu marido enseñarme a ganar dinero?» Estos muchachos educados a la antigua se encuentran ahora desairados, comprenden que la vida es otra cosa; pero, claro es, no están preparados, no sirven para nada. Los capitalitos que heredaron de sus padres, que entonces parecían algo, hoy no son nada, no alcanzan para las necesidades de la vida. ¡Si tú quisieras aconsejarle! Él está dispuesto a trabajar; pero no se le ocurren más que fantasías, lo novelesco, la aventura de marcharse a América, dedicarse al cinematógrafo, poner un *cabaret*. Antes estos muchachos tenían el recurso de casarse con la hija de algún personaje influyente; pero como ya la carrera política no tiene un porvenir muy claro ni para los suegros ni para los yernos...

ISIDORO Por fortuna. Ahora la vida no puede fundamentarse en lo que ha sido; hay que mirar a lo que puede ser. Ya no sirve de nada lo que se tiene, sino lo que se puede tener. Ya era hora de que valiera más un pobre trabajador que un rico ocioso, de que a los viejos suegros hayan substituído los nuevos yernos. ¿Te acuerdas de aquella comedia antigua que vimos en París, *El yerno del señor Poirier*? El aristócrata que se casa con la hija del burgués enriquecido y se hace pagar sus deudas. Ahora soy yo el señor Poirier, el que paga las deudas de tu padre, el marqués de Presles; y soy yo, el joven, el que tiene que intervenir en sus aventuras de viejo. Estas son las verdaderas revoluciones; digan lo que quieran no hay explosivo más eficaz que el dinero.

ESCENA X

DICHOS, DOLORITAS, CELESTE, el MARQUÉS DE MONTIEL
y MANOLO POMAR.

M. MONT. Venimos en plan de fugitivos.

DOLORITAS Calla, por Dios; esos muchachos están desatinados.

PAULINA ¿Emilín y Tuturito? ¿Han bailado?

DOLORITAS Un horror. Esa Emilín, bailando como las *Hoffman-girls*, y su hermano, no quieras saber: aprovechando la transformación, ahora se ha puesto a imitar a miss Tinguette, y los padres encantados; diciendo: «Todo esto lo aprenden en los viajes.»

M. MONT. Los viajes siempre ilustran. Hay que oír a la Marquesa; mejor que Pierre Loti. Ahora le preguntaba a su marido que dónde era lo de las Pirámides. «En el Cairo, mujer, ¿no te acuerdas?» «Es verdad; que allí cerca estaba también lo de Tutan-kamen; y desde allí fuimos a Tierra Santa; allí es todo lo del Nacimiento y lo de la Pasión.»

- MANOLO Pues el Marqués también es gracioso. Cuando habla de sus viajes por mar dice que tiene un mare mágnum en la cabeza; pero si los viajes son por tierra, ya no le suena lo de mare mágnum, y dice que tiene un mapamundi.
- CELESTE Mauricio y Eduardo están muertos de risa.
- DOLORITAS Lo que no quita para que Eduardo se insinúe con Emilín, que en seguida ha empezado a examinarle: «¿Conduce usted? ¿Vuela usted? ¿Boxea usted? ¿Juega usted al *foot*? ¿Y al *polo*? ¿Y al *golf*? ¿Y al *hockey*? Ni siquiera al *mah-jong*».
- CELESTE Y el pobre Eduardo, que sólo presume de intelectual y quiere escribir una novela a lo Marcel Proust... Yo le he dicho que Marcel Proust ya es viejo; ahora es James Joyce; su *Ulises* es admirable. A ése es al que debe seguir.
- ISIDORO Pues como tarde un poco en seguir a ese... Joyce, también va a estar viejo.
- DOLORITAS Esta hija mía no tiene más pasión que la lectura; me gasta un dineral en libros. Yo no sé qué leerá; algunas cosas, sólo por los títulos, me parecen horrendas.
- CELESTE Muchas veces los títulos defraudan.
- DOLORITAS En fin, hay que ir con la corriente. Paulina, nos vamos; hasta el jueves, ¿verdad?
- PAULINA Hasta el jueves.
- DOLORITAS Marqués, ya le habrá dicho a usted Paulina que cuento con usted para el jueves. Con usted también, Pomar. Son ustedes los inseparables; ya no se ven amigos como ustedes. La fidelidad y la confianza en las amistades es también de otros tiempos, de los nuestros, ¿no es verdad, Marqués? Yo hubiera querido no cambiar nada, pero los hijos nos empujan a pesar nuestro. Si por algo deseo que mi hija se case pronto es por tener libertad para volver, siquiera en los últimos años de mi vida, al reposo, a la tranquilidad de mis antiguas costumbres. (*Despidiéndose.*) Isidoro...

- ISIDORO Voy con ustedes.
CELESTE (*A Paulina.*) ¿Quieres que te envíe algún libro nuevo? Tengo cosas muy interesantes.
PAULINA No, gracias; nunca tengo tiempo para leer. (*Salen Paulina, Doloritas, Celeste e Isidoro.*)

ESCENA XI

MARQUÉS DE MONTIEL y MANOLO POMAR.

- MANOLO No digas; está de muy buen ver la viudita. Yo que tú ni lo pensaría.
M. MONT. ¡Vamos, hombre! ¡Sólo me faltaba esto! ¿Tú también?
MANOLO ¡Ah! Es que si no se salen con la suya creerán que yo te he aconsejado en contra. Aunque lo disimulen, ni Paulina ni tu yerno me miran con muy buenos ojos. Isidoro me tiene por un gorrón, por un fresco, que ha vivido siempre a costa tuya, porque para él aceptar un obsequio, un regalo al que no se puede corresponder, ya es gorronería y frescura. Y tú sabes que si yo hubiera creído nunca que tú no me necesitabas a tu lado, que yo no era para ti el amigo, el confidente, el hermano del alma..
M. MONT. Déjate ahora. Ni nosotros tenemos que darnos cuenta de nuestra amistad, y mucho menos dársela a nadie. Ellos pueden vivir como quieran; pero a mí que me dejen vivir a mi gusto, como he vivido siempre. ¡Señor! ¡Para cuatro días de vida que le quedan a uno, que se guarden su dinero!
MANOLO Ahora, yo que tú..
M. MONT. ¿Qué?
MANOLO Ese matrimonio..
M. MONT. ¿Volvemos al matrimonio?
MANOLO Piensa que es el único medio de asegurar tu

independencia, de no tener que estar sometido a tu yerno. Al contrario; quizás algún día... ¿Quién sabe? Los negocios son muy traidores; estos hombres de fortuna son muy ambiciosos; la ambición les ciega, confían demasiado en su suerte y en su impunidad, y el mejor día... puede que fueran ellos los que necesitaran de ti.

M. MONT. No me convences. Yo vivo a mis anchas, con mis apuros, con mis humillaciones... ¿Qué le hemos de hacer? Dios me lo tendrá en cuenta. Tú sabes que yo soy creyente: el agobio de mis deudas lo he considerado siempre como una penitencia por mis muchos pecados.

ESCENA XII

DICHOS, el MARQUÉS y la MARQUESA DE RONDÓN, EMILÍN, TUTURITO, EDUARDO, MAURICIO, MARÍA ISABEL, PAULINA e ISIDORO.

PAULINA ¿Pero ya nos dejan ustedes?

M. RONDÓN Sí. Mañana tenemos que madrugar para una excursión.

ISIDORO ¿Otro viaje?

M. RONDÓN No. En auto, a la Sierra, a respirar.

MARQUESA (A Paulina.) ¿No te ha dicho nada Doloritas?

PAULINA ¿Nada de qué?

MARQUESA Me parece que se ha escandalizado de que Emilín y Tuturito bailaran como han bailado.

PAULINA No creo.

MARQUESA Sí. A todos los padres nos parece muy mal lo que hacen los hijos de los demás. Ella no ve las faltas de su hija, su Celeste, que da en sus habitaciones particulares unos tes literarios de los que cuentan y no acaban. Allí se habla hasta del amor libre.

M. MONT. Mientras sólo se hable...

MARQUESA Pues yo, antes de ver a mi hija con unas gafas, presumiendo de Marisabidilla...

TUTURITO Para dárselas de mujer superior no es nada comprensiva.

EMILÍN Parece mentira que haya viajado tanto, para asustarse por nada. Y es que presumen de saberlo todo y no saben más que lo que han leído. Prácticamente, nada.

PAULINA (*A Mauricio y Eduardo.*) ¿Os habéis divertido con Emilín?

MAURICIO Y con Celeste; cada una por su estilo.

EDUARDO Pero nada como la de Rondón hablando de sus viajes.

MAURICIO Yo voy a sonsacarla.

PAULINA ¡Por Dios, Mauricio! No vaya a comprender la broma y se nos enfade.

MAURICIO Descuida. (*A la Marquesa de Rondón.*) Y este invierno, ¿no proyectan ustedes alguna excursión?

MARQUESA No sabemos. Ya nos queda tan poco que ver, y los viajes cuestan cada día más caros. Es un disparate lo que cuestan. Eso sí; no hay dinero mejor gastado.

MAURICIO ¿Ustedes viajan siempre por la Agencia Cook?

MARQUESA ¡Ah, sí! Es lo más cómodo: no tiene usted que ocuparse de nada, le llevan a usted a todas partes como de la mano, le dicen a usted todo lo que hay que ver, se lo explican a usted todo. Sobre todo en las cosas antiguas es muy conveniente, porque cuando usted sabe que son cosas antiguas ya sabe usted que hay que mirarlas más despacio, porque las cosas antiguas siempre tienen más importancia.

EMILÍN No sea usted malo, Mauricio.

MAURICIO ¿Yo, Emilín?

EMILÍN Si tanto le divierte a usted oír a mamá, venga usted cualquier tarde a tomar el te con nosotros.

MAURICIO Encantado.

EMILÍN Tuturito y yo cantaremos canciones americanas, canciones de negros, deliciosas.

- MARQUESA Bueno, Paulina, nos vamos. (*Al Marqués de Rondón.*) ¿Preguntaste si había venido el auto?
- M. RONDÓN Sí, ya hace rato. (*Saludando.*) Señores...
- M. MONT. A los pies de usted, Marquesa.
- PAULINA Adiós, Emilín, Tutturito. (*Salen Paulina, Isidoro, Marqués y Marquesa de Rondón, Emilín y Tutturito.*)

ESCENA XIII

MANOLO POMAR, el MARQUÉS DE MONTIEL, MARÍA ISABEL, EDUARDO y MAURICIO.

- M.^a ISABEL Bien te has divertido con la de Rondón. Y a Emilín le has gustado. Aprovéchate; no es mala boda; resolvería tu situación.
- MAURICIO Yo soy un romántico; tú sabes que no he querido más que una vez.
- M.^a ISABEL Una vez, y por poco tiempo.
- MAURICIO ¿Y lo dices tú?
- M.^a ISABEL Tengo motivos para creerlo. Llevo seis años viuda.
- MAURICIO ¿Y es culpa mía? No sabes que yo puedo decir, parodiando la divisa de los Rohan:

Marido no puedo,
amante no quieres...,
amigos ya somos.

Si no estimas en lo que vale mi delicadeza. Di que yo hubiera podido, con mi cariño, ofrecerte una posición.

- M.^a ISABEL No te preocupes; ni con posición ni sin posición. Me recuerdas demasiado al pobre Leopoldo.

ESCENA XIV

DICHOS, PAULINA e ISIDORO.

- M.^a ISABEL Bueno; desbandada general, que a vosotros os gusta acostaros temprano, y papá aún querrá darse una vueltecita por el Casino. ¿Verdad? ¿No te telefonaron antes unos amigos?
- M. MONT. ¡Qué intencioncilla! Mira; llévame tú a casa; así te convencerás de que voy a acostarme.
- ISIDORO No, quédate; tenemos que hablar. Ya sabes que para mañana temprano he citado al procurador y a toda esa gente. Es preciso que antes hablemos.
- M. MONT. Está bien. Ya lo oyes.
- M.^a ISABEL Te dejo entonces. Hasta mañana; que no haya disgustos; amóldate a las circunstancias.
- M. MONT. Haré lo posible.
- MAURICIO *(Despidiéndose.)* Paulina...
- PAULINA *(A Mauricio y Eduardo.)* ¿No os habéis aburrido mucho?
- MAURICIO Al contrario. En tu casa no se aburre uno nunca.
- PAULINA Por lo menos, como no hay selección, hay variedad. Adiós a todos. *(Salen todos menos el Marqués e Isidoro.)*

ESCENA XV

EL MARQUÉS DE MONTIEL e ISIDORO. Después PAULINA.

- ISIDORO Siéntate, siéntate. ¿Cigarro o cigarrillo?
- M. MONT. Venga el cigarro. Tú dirás.
- PAULINA *(Entrando)* ¿Estorbo?
- ISIDORO No. Mejor es que oigas todo lo que tengo que decir a tu padre, confiado en que has de darme

la razón en todo. De ese modo comprenderás que he procurado resolver del mejor modo posible una situación que menoscaba su crédito y comprometía también el mío.

M. MONT. ¡Ah! El tuyo.

ISIDORO Naturalmente. Si no fuera por egoísmo, ¿crees tú que mé hubiera tomado tanto trabajo?

M. MONT. Por lo menos, hablas con claridad; contigo no va uno nunca engañado.

ISIDORO Egoísmo por egoísmo. Entre el tuyo, al desbaratar, y el mío, al componer lo que has desbaratado, hay alguna ventaja en mi favor. Pero vamos a lo que importa. (*Dándole unos papeles.*) Esto es lo acordado. ¿Quieres leer, o prefieres que yo te diga?...

M. MONT. Si me permites que yo esta noche en casa, con detenimiento...

ISIDORO No estamos para perder tiempo; en resumen, ya sabes de lo que se trata: de la reducción de créditos. Hemos propuesto el veinte para llegar al quince. Creo que todos están conformes, con las naturales protestas, porque no se trata de una quiebra, se trata de un arreglo.

M. MONT. ¿Y mi firma? ¿La firma del Marqués de Montiel?

ISIDORO Mira, dejemos los desplantes nobiliarios, porque cuando se ha estado un año y otro debiendo sin escrúpulos, no ya al prestamista, al sastre, al zapatero, a los criados de tu casa, a gente que vive de su trabajo, no sé qué escrúpulos son esos, ni qué honor a tu firma cuando se trata de pagar por primera vez seriamente, y todos se darán por muy contentos de haber cobrado.

M. MONT. Está bien. Gracias a que todos sabrán que no soy yo el que paga.

ISIDORO Si creen que soy yo, tengo buenas espaldas. Vamos a otro asunto. Es preciso que una vez levantada la hipoteca, vendas el caserón, antes de que se venga abajo.

- M. MONT. ¿Mi casa? ¿Quieres decir mi casa? Eso si que no. ¡Es mi casa! ¡La casa en que nacieron mis padres, en que he nacido yo, en que nacieron mis hijos!
- ISIDORO Si quieres haremos que la declaren monumento nacional.
- M. MONT. Mira, Isidoro, no dirás que no tengo paciencia, sufrimiento para escucharte; pero eso no. Si llegas al ultraje... ¡Y mi hija lo consiente!
- PAULINA Te oigo, papá.
- ISIDORO Tu hija, es tan poco tu hija, que por no parecer hija tuya, eres mi suegro.
- M. MONT. ¡Y tú lo oyes! ¡Duda de que yo sea tu padre!
- ISIDORO No desatines.
- PAULINA Vamos, papá, ten juicio.
- M. MONT. Tenga usted hijos para esto. ¿No tienes más que decirme? Habla, te escucho hasta el fin. ¡Señor! ¡Hasta el fin! ¡Es mi cáliz!
- ISIDORO No, no tengo más que decirte. Lo importante era el arreglo con los acreedores, lo demás no es tan urgente; ya hablaremos en otra ocasión. O resolveré yo sin que hablemos, que será lo mejor.
- M. MONT. Está bien. Me veo acorralado, sin salida, me ponéis en el precipicio. ¿Era eso lo que deseabais? Pues bien, yo procuraré defenderme con armas iguales. ¿Todo es cuestión de dinero en el mundo? ¿Ya no se respeta, ni se estima, ni vale nada más que el dinero? ¡Pues bien, tendré dinero! ¿Es eso lo que necesitáis? ¡Tendré dinero! ¡Acordaos de que vosotros lo habéis querido! Me casaré con Doloritas. ¿Habéis oído? ¡Me casaré con Doloritas! ¡Hasta mañana! (*Sale.*)
- ISIDORO Ya encontró la fórmula caballeresca. Ya lo sabía yo.
- PAULINA ¡Pobre papá!
- ISIDORO ¡No! ¡Pobre Doloritas!



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Por la tarde.

ESCENA I

EL MARQUÉS DE MONTIEL, MANOLO y el mismo CRIADO del acto anterior, con librea y el pelo empolvado.

CRIADO No, señor Marqués; no hay nadie todavía. El señor creo que ha ido a casa de vucencia, a buscar a vucencia.

MANOLO No estaba seguro de que vinieras.

CRIADO La señora está en sus habitaciones. ¿Desea algo vucencia?

M. MONT. Nada.

CRIADO A las órdenes de vucencia...

M. MONT. ¡Chist!... Ven acá...

CRIADO ¿Qué manda vucencia?

M. MONT. Nada; que llevas la espalda llena de polvos. Haz que te cepillen.

CRIADO Como es la primera vez que se pone uno estas cosas. Por cierto que han debido equivocar las medidas de los zapatos, y estamos todos que no podemos andar.

M. MONT. ¡Vaya por Dios!

CRIADO Haré que me cepillen. A las órdenes de vucencia. (*Sale el criado.*)

· ESCENA II

EL MARQUÉS DE MONTIEL y MANOLO.

MANOLO No dirás que tu yerno no sabe hacer las cosas. La servidumbre de gran gala, flores por todas partes, un obispo para las bendiciones... Supongo que después de las bendiciones tendremos plática...

M. MONT. Seguramente... Un obispo... Yo conocí uno, hombre de muy buen humor, que en una boda parecida a ésta alguien le preguntó: «¿Y qué va a decir su Ilustrísima a los contrayentes en su plática?» Y él, con muy amable donosura, contestó: «Les recordaré aquellas palabras del Evangelio: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se »hacen.»

MANOLO ¿Y crees tú que hoy podría decir lo mismo?

M. MONT. ¡Quién sabe! No pensemos nada...

MANOLO Es lo mejor. La ceremonia será solemne. No puedes quejarte de tu yerno.

M. MONT. Todo esto es cosa de mi hija por halagar a Doloritas, que, según dicen, ha renovado todo el mobiliario de su casa y ha puesto una de escudos y de coronas por todas partes... Yo que hubiera deseado no dar a este acto la menor importancia, haber ido a cualquier iglesita, con sencillez, en familia, y no todo este aparato, impropio de unas segundas nupcias por partida doble y a la edad y circunstancias de los contrayentes.

MANOLO Para tus hijas es una satisfacción; para Isidoro no se diga. Todos tienen especial interés en demostrar a Doloritas lo grato que es para ellos su entrada en la familia. Yo también estoy muy contento, José Manuel; creo que haces muy bien; y estoy más contento porque, no quisiera enga-

ñarme, pero creo que a Doloritas le soy muy simpático; no puede estar más expresiva y cariñosa conmigo; estoy contento. ¿Y tú, José Manuel? La verdad...

M. MONT. Si te dijera que estoy emocionado... ¡Son tantos recuerdos, tantas cosas!... Estas hijas mías se han olvidado de su pobre madre antes que yo. Yo no fui nunca un marido modelo; mucho menos un viudo; mis infidelidades no podrían contarse; mentiría si dijera que la conciencia me ha atormentado mucho, y ahí tienes: este segundo matrimonio, esta infidelidad legal, patrocinada por mis hijas, santificada por la Iglesia, me parece más infidelidad. Desde hace unos días no hago más que acordarme de mi pobre Adelaida, tan santa, tan buena; todo lo esperaría ella de mí menos que yo volviera a casarme.

MANOLO No pienses en eso. Ella, desde otro mundo mejor, sabrá hacerse cargo de todo.

M. MONT. Tienes razón; es mejor no pensar. Tampoco he querido preguntarte en estos días si viste a Candelitas.

MANOLO Sí, la he visto; fui a verla como tú me encargaste.

M. MONT. ¿Y qué te dijo? ¿Estaba muy indignada con la carta de Isidoro?

MANOLO Te diré: como la carta iba en un estilo tan burocrático, al fin se trataba de una cesantía, ella ni se dió cuenta de lo que quería decir; lo único que vió fueron las cinco mil pesetas del contenido, que la deslumbraron. Ella siempre ha sido más mujer de números que de letras; si yo no la hubiera explicado lo que aquello significaba, ella ni se hubiera enterado.

M. MONT. Pero tú le hiciste comprender...

MANOLO Lo que tú me encargaste: que de ningún modo debía aceptar ese dinero, que tu dignidad no te permitía que lo aceptase de mano de tu yerno. «Bien está — me dijo —, pero ¿es que José Ma-

nuel, porque se case con esa señora, no va a volverme a ver en su vida?» Yo le dije, para tranquilizarla, que ahora, por lo pronto, había que guardar ciertos miramientos; que más adelante... «Eso es—me dijo lloriqueando—. Está muy bien eso de que haya una estado pasando mil privaciones en los malos tiempos, y ahora que va a tener dinero no vuelva a acordarse de una.»

M. MONT. Eso es verdad. ¡Pobre Candelitas! Y ¿te devolvió el dinero?

MANOLO Con todo el dolor de su corazón; pero aquí está...

M. MONT. Trae; quiero devolvérselo yo mismo a Isidoro, que comprenda su falta de tacto y de delicadeza. Oye, ¿no eran cinco mil?

MANOLO Sí, cinco mil.

M. MONT. Aquí no hay más que cuatro.

MANOLO Te diré: es que se había encariñado tanto con las cinco mil, que sólo quedándose con las mil ha consentido en separarse del resto.

M. MONT. Sí, pero comprenderás que habiéndola enviado cinco mil, cómo le devuelvo yo ahora cuatro mil a Isidoro; el gesto perdería toda su dignidad, ya no hay gesto posible. Prefiero no devolvérselas. Así como así, él no había de estimarlo como una delicadeza.

MANOLO Tenlo por seguro.

M. MONT. No, si lo sé; es que uno quisiera dar lecciones de caballerosidad a todo el mundo, y con ciertas gentes es ganas de perder el tiempo.

ESCENA III

DICHOS, PÉREZ FERNÁNDEZ, MARTÍNEZ PÉREZ y CRIADO.

CRIADO Pasen por aquí los señores... Tomen asiento los señores. A la orden de los señores.

P. FERN.^{dez} (Sale.) ¿Ha visto usted? ¿Está usted viendo? Los

criados como en Palacio; y la casa... un lujo insultante.

M. PÉREZ Que nosotros pagamos..., pagaremos...

P. FERN.^{dez} Estos señores estarán aquí por lo mismo.

M. PÉREZ Alarmados como nosotros.

P. FERN.^{dez} ¿Dice usted que no pudo ver al Marqués esta mañana?

M. PÉREZ No hubo forma; lo cual ha venido a confirmar mi alarma.

P. FERN.^{dez} Las noticias son pesimistas a más no poder.

M. PÉREZ ¿Qué le dije yo a usted el día que tuvimos la última junta? Que no me gustaba nada el cariz que iban tomando los asuntos. Ya en la última Memoria recordará usted el embrollo de cuentas...

M. MONT. (*A Manolo por los otros señores.*) ¿Tú conoces?...

MANOLO No; serán invitados; amigos de tu yerno, de su gente; tienen cara de tener dinero. (*Se miran unos a otros deseando hablar, pero sin atreverse.*) Señores...

P. FERN.^{dez} Beso a usted la mano... Ustedes estarán aquí como nosotros...

MANOLO Sí, señor.

M. MONT. Yo, como ustedes precisamente, no; porque ustedes vendrán como invitados, y yo tengo un papel más importante.

M. PÉREZ No, invitados no; nadie nos ha invitado. Hemos sabido lo que ocurría, y con el natural sobresalto nos hemos apresurado a venir.

M. MONT. No es para sobresaltarse.

M. PÉREZ ¿Usted ha hablado ya con Isidoro?

M. MONT. Figúrense ustedes si habré hablado.

P. FERN.^{dez} ¿Qué dice? Tranquilícenos usted. Supongo que ustedes, lo mismo que nosotros, sabrán a qué atenerse respecto a la probidad de Isidoro; a pesar de ello, tal vez por lo mismo, yo tengo mucha confianza en él como hombre de negocios... En cambio el Marqués de Rondón no me inspira ninguna.

- M. MONT. El Marqués no es más que padrino en este caso.
- M. PÉREZ ¿Padrino? ¿De quién?
- M. MONT. ¡Ah! Ustedes no me conocen. Soy el Marqués de Montiel, padre político de Isidoro.
- M. PÉREZ ¡Ah, su padre político! Por muchos años. ¿Y es usted el que se bate?
- M. MONT. Tiene gracia. Sí, duelo puede llamarse al matrimonio, y duelo a muerte, porque sólo termina cuando muere uno de los contendientes.
- M. PÉREZ Entonces... Entendámonos... Dice usted que el Marqués de Rondón es su padrino.
- M. MONT. El Marqués y su mujer son mis padrinos...
- P. FERN.^{dez} ¿La Marquesa?
- M. MONT. La Marquesa, la madrina, naturalmente.
- M. PÉREZ ¿Pero se trata de una boda?
- M. MONT. ¿Pero ustedes no lo sabían?
- M. PÉREZ No sabíamos nada... Usted perdone... Y ¿es usted el que se casa?
- M. MONT. Si ustedes no mandan otra cosa...
- P. FERN.^{dez} Entonces... ¿Están ustedes de boda?
- M. MONT. Sí, señor; dentro de una hora se celebrará en esta casa, en el oratorio...
- P. FERN.^{dez} (*A Martínez.*) Entonces... No puede ser verdad lo que nos han dicho.
- M. PÉREZ No estaría de humor para celebrar bodas.
- P. FERN.^{dez} Sería el colmo de la tranquilidad. (*Al Marqués.*) ¿Usted no sabe nada, su yerno de usted no le ha dicho nada?
- M. MONT. Nada; ¿de qué?
- P. FERN.^{dez} Si usted no lo sabe, no quisiéramos pecar de indiscretos ni de alarmistas, en momentos en que usted seguramente no está para nada.
- M. MONT. Estoy para casarme. ¿Le parece a usted poco?
- M. PÉREZ Si nosotros hubiéramos sabido... Cómo podíamos suponer...
- M. MONT. ¿Es algo grave?
- M. PÉREZ No, señor, no. Ante todo, usted no tiene el gusto..., es decir, el gusto es nuestro, de conocernos.

Presentaré antes. (*Presentando a Pérez Fernández.*) El señor Pérez Fernández. (*A Pérez Fernández.*) Presénteme usted.

P. FERN.^{dez} (*Presentando a Martínez Pérez.*) El señor Martínez Pérez...

M. PÉREZ Accionistas de la Sociedad Metalúrgica y Banco de la Federación Industrial y Minera...

P. FERN.^{dez} Accionistas muy importantes.

M. MONT. Ya, ya... Y, a lo que parece, ocurre algo grave... No les extrañe a ustedes mi ignorancia; yo no hablo nunca con mi yerno de sus negocios, no frecuento los círculos financieros. Así es que..., si ustedes no me dicen...

P. FERN.^{dez} No quisiéramos ser nosotros los que le pusiéramos a usted en antecedentes, en un día tan señalado.

M. MONT. Me asustan ustedes. ¿Oyes, Manolo?

MANOLO Ya, ya... Con esta gente de negocios no hay hora segura...

M. MONT. Comprendan ustedes mi natural zozobra. Se trata de mis hijos...

P. FERN.^{dez} Verá usted. Por noticias confidenciales, pero que nos merecen absoluto crédito, se nos ha advertido que la Sociedad y Banco...

M. MONT. Sí, sí...

P. FERN.^{dez} Están en un momento difícil.

M. MONT. ¡Caramba! ¿Oyes, Manolo?

MANOLO Ya, ya...

P. FERN.^{dez} Que el vencimiento del próximo semestre no se pagará el dividendo, que acaso sea necesario acudir al capital de reserva y, quién sabe, tal vez sea forzoso llegar a la suspensión de pagos. ¿Comprende usted la gravedad de la situación? ¡La suspensión de pagos! ¿Usted sabe lo que eso significa?

M. MONT. Digo, si lo sé... ¡La suspensión de pagos! ¿Has oído, Manolo? Pero ¿están ustedes seguros?

P. FERN.^{dez} Mire usted, por desgracia lo teníamos previsto.

El Marqués de Rondón, en estos últimos tiempos, había lanzado a la Sociedad por derroteros muy peligrosos. Se ha prodigado las cuentas de crédito, se ha especulado temerariamente con las divisas extranjeras, no se ha dado salida a los *stocks*, ha venido la inflación, la baja del cobre les ha sorprendido, y menos mal que los plomos se van sosteniendo.

M. MONT. ¡Qué complicaciones! Y ¿no habrá medio de conjurar todo eso? Claro es que son tantas cosas juntas...

P. FERN.^{dez} Yo creo que vamos a la catástrofe.

M. PÉREZ Nuestra Sociedad, constituida durante la guerra, no ha tenido tiempo de consolidarse... Si la guerra hubiera durado dos años más...

M. MONT. ¿Quién sabe? Si tuvieran ustedes la suerte de que..., por desgracia, hubiera otra...

M. PÉREZ No hay esperanzas por ahora... Yo sólo confío en su yerno de usted, que desde hace mucho tiempo debía ser presidente de nuestra Sociedad. Pero el Marqués es el mayor accionista, cuenta además con las acciones de la viuda de Astudillo..., con amplios poderes para administrar su fortuna.

M. MONT. ¡Doloritas! Mi futura esposa.

M. PÉREZ ¡Ah!, la viuda de Astudillo es quien... En ese caso ya no será el Marqués quien disponga de sus acciones... Admiro en todo ello la suprema inteligencia de Isidoro.

M. MONT. ¿Creen ustedes?...

M. PÉREZ Nada, nada... Pero nos tranquiliza mucho saber que el Marqués va perdiendo terreno... Porque del Marqués no era posible esperar otra cosa que lo que ha sucedido...

P. FERN.^{dez} Porque también es posible que todo ello no sea más que una falsa alarma para provocar una baja ficticia en las acciones, con intención de acapararlas, aprovechándose del pánico de los accionistas.

M. PÉREZ En ese caso la conducta del Marqués sería inca-

lificable, una verdadera estafa, un robo, más punible que un robo a mano armada.

P. FERN.^{dez} Y si se trata de un negocio, su conducta sería más incalificable al no darnos participación.

M. MONT. Claro está. Si se trata de un negocio ha debido contar con ustedes.

M. PÉREZ Nosotros estaríamos de su parte...

M. MONT. Claro está; pero si se trata de prescindir de ustedes...

P. FERN.^{dez} Ya sería una estafa, y no podríamos consentirlo.

MANOLO - Aquí tienen ustedes a Isidoro.

ESCENA IV

DICHOS e ISIDORO.

ISIDORO ¡Hola, papá! ¡Hola, Pomar! Vengo de tu casa. ¿No te lo han dicho?

M. MONT. Sí... Aquí tienes a estos señores esperándote...

ISIDORO ¡Señores! Ustedes no conocen... (*Por el Marqués.*)

P. FERN.^{dez} Sí, sí; ya nos hemos presentado...

ISIDORO Entonces...

P. FERN.^{dez} Comprenderá usted por qué estamos aquí, alarmados por las noticias...

ISIDORO ¡Ah!, ¿lo saben ustedes? No creía...

P. FERN.^{dez} ¿Le contraría a usted que sepamos...?

ISIDORO No. Pero yo hubiera deseado que no se alarmaran ustedes tan pronto.

P. FERN.^{dez} ¿Usted cree que no hay motivo?

ISIDORO ¿Motivo? Sí... ¿Por qué voy a negarlo? La situación es difícil, pero no desesperada, si entre todos procuramos salvarla, sacrificándonos todos.

P. FERN.^{dez} Luego habrá que sacrificarse...

ISIDORO Las situaciones difíciles no se salvan más que a costa de sacrificios.

P. FERN.^{dez} Y ¿quiere usted decirnos quién nos ha traído a esta situación?

- ISIDORO No habré sido yo ciertamente, que todo lo tenía previsto.
- M. PÉREZ ¿Y ha consentido usted que llegásemos a esto?
- ISIDORO Contra la obstinación del Marqués y de otros señores, ¿qué podía hacer yo solo? Pero no hay que amilanarse... Si yo puedo contar con ustedes y con otras personas como ustedes...
- P. FERN.^{dez} Sabe usted que siempre hemos confiado en usted.
- M. PÉREZ Es usted la única persona del Consejo de Administración que nos ha merecido siempre confianza.
- ISIDORO No la pierdan ustedes, y... ¿quién sabe? Pasaremos a mi despacho, allí hablaremos, y en líneas generales les expondremos a ustedes la verdad de la situación..., toda la verdad...
- P. FERN.^{dez} No deseamos otra cosa... Señor Marqués..., ha sido un honor para mí...
- M. PÉREZ Lo mismo digo...
- ISIDORO ¿Vienen ustedes?
- P. FERN.^{dez} Vamos. Cuando Isidoro está tranquilo es que se trata de un negocio.
- M. PÉREZ Y, cuando cuenta con nosotros es que piensa darnos participación... Este Isidoro vale un mundo... Señores... *(Salen Pérez y Martínez.)*

ESCENA V

EL MARQUÉS DE MONTIEL y MANOLO.

- M. MONT. ¿Qué te parece? ¡Marqués de Montiel, Marqués de Montiel, adónde te han traído tus malas andanzas! Y esta es la gente que gobierna el mundo con sus negocios, la que encarece la vida y abarata la muerte, por lo que van a la guerra los pueblos, engañados por ilusiones de honor y de patriotismo; para que detrás no haya más que esto, estos negociantes sin honor y sin patria,

que lo mismo le venden armas al amigo que al enemigo. Y todos, quién más quién menos, somos cómplices suyos, a todos nos envuelve alguna malla de su vasta red tendida por todo el mundo... El dinero de la que será mi mujer... es ese dinero; yo también seré..., o estafado si me engañan en sus negocios, o negociante si me aprovecho de sus estafas... Ya lo has oído; esa es la diferencia.

MANOLO Supongo que tu yerno te tratará como a negociante.

M. MONT. ¡Ay, Manolo!, te aseguro que si no fuera por mi hija, daba la campanada y lo echaba todo a rodar.

MANOLO ¡Ni lo pienses! ¿Qué se diría?

M. MONT. Es que en todo estoy; yo veo un plan maquiavélico de Isidoro para descartar al Marqués de la gerencia de la Sociedad. A Doloritas le administra el Marqués la fortuna como si fuese suya... Ahora ya tendrá un marido, y ese marido es natural que esté de parte de su yerno, que es al fin y al cabo el marido de su hija... Y aquí, esta tarde, toda esa gente, alrededor de mi boda, se enseñará sus dientes de presa, dispuestos a devorarse unos a otros...

ESCENA VI

DICHOS y PAULINA.

PAULINA ¿Cómo estás, papá?

M. MONT. Ya lo ves; decidido a todo.

PAULINA ¿No ha venido Isidoro contigo? Fué a buscarte.

MANOLO Está en su despacho con unos señores...

PAULINA ¡Pobre Isidoro! Lleva unos días...; cuando estábamos tan contentos han venido estos fastidios...

M. MONT. Los llaman fastidios nada más... ¿Tú sabes lo que sucede, lo que se dice?

- PAULINA Sí, ya te digo, muy fastidioso. Isidoro lleva unos días de un trabajo horrible. Ni vive ni descansa.
- M. MONT. Pero ¿es que si fuese verdad lo que se teme...?
- PAULINA Verdad será; es lo que tienen los negocios; Isidoro está tan acostumbrado...
- M. MONT. ¿Y si fuera la ruina de todos?
- PAULINA No creo; crisis más difíciles se han salvado; Doloritas estaba ayer muy alarmada; quería que se hubiera aplazado la boda; le hicimos comprender que hubiera sido dar la razón a los alarmistas.
- M. MONT. De modo que la boda es una especie de calmante.
- PAULINA El vernos hoy a todos alegres, con la mayor tranquilidad; el que mañana en todos los periódicos se hable de la boda, volverá a todos la confianza, que es lo que Isidoro desea. Si se consigue la ampliación del capital con los fondos de reserva, si se prescinde de algunas con las que hoy no se puede romper abiertamente, si a Isidoro le dejan completa libertad de acción.
- M. MONT. Te escucho asombrado, hija mía; nunca creí que los negocios te interesasen hasta ese punto, ni que entendieras de ellos.
- PAULINA Me interesan y me apasionan, como una aventura peligrosa. Yo antes era muy aficionada a leer novelas, ya lo sabes; si te dijera que desde que vivo en esta realidad tan novelesca ya no hay novela que me interese. Anoche me hablaba Isidoro de todo esto que sucede: los riesgos, la quiebra posible, los medios de evitarla, su decisión de triunfar a toda costa... Yo le oía entusiasmada; amanecía cuando nos acostábamos.
- M. MONT. Admiro tu serenidad. ¿Y si de la noche a la mañana os vierais arruinados, en la miseria?
- PAULINA Isidoro no sabe ser pobre, no se resignaría a serlo, volvería a triunfar con la misma fe y el mismo entusiasmo. Y a mí, a su lado, nada me asusta. Yo no sé si le quiero por lo que creo en él o si creo en él porque le quiero mucho.

- M. MONT. Menos mal, si tú eres dichosa...
- PAULINA Y hoy no pensamos en lo que pueda suceder. Dentro de poco vendrán los invitados, amigos y enemigos, todos al acecho de nuestras palabras, de nuestras sonrisas para sorprender en ellas un desfallecimiento o una seguridad. Estamos en vísperas de una gran batalla; tu boda será como la famosa fiesta en Bruselas la noche antes de Waterloo...
- M. MONT. Y ¿tú crees que es para animarme el recordito histórico?
- PAULINA Sabes muy bien que la fortuna de Doloritas puede soportar sin quebranto la pérdida que supondrá para ella la ruina de nuestras acciones. De modo que si alguien puede estar hoy tranquilo, eres tú. A tus años, Isidoro nunca te hubiera expuesto a los azares de sus negocios.
- M. MONT. ¡Qué cosas dices, hija mía! ¿Tú crees que yo soy tan egoísta, que en estos momentos difíciles para vosotros sólo pienso en mi situación? Te aseguro que es lo que menos me preocupa.
- PAULINA Pues entonces no tienes por qué preocuparte, porque yo estoy tranquila, muy tranquila; tan naturalmente tranquila, que me costaría más trabajo fingir la más ligera preocupación.

ESCENA VII

DICHOS, MARÍA ISABEL y CELESTE.

- PAULINA ¡Celeste, querida mía! ¿Y tu madre? Supongo que no tardará en venir.
- CELESTE Supongo. El Marqués estuvo toda la mañana en casa, de gran conferencia.
- PAULINA ¿Sí?
- CELESTE Mamá está muy nerviosa. No es por asustarte, pero no me sorprendería nada que no viniera.

PAULINA ¿Qué dices? ¿Tú crees que es posible? María Isabel.

M.^a ISABEL ¿Qué quieres?

PAULINA ¿Sabes lo que dice Celeste? Que es posible que su madre no venga, que está muy nerviosa; que el Marqués ha estado esta mañana en su casa, de gran conferencia; que... No, no es posible...; no puede ser...

M.^a ISABEL Sí, algo me ha dicho Celeste cuando veníamos...

PAULINA Pomar, ¿hace usted el favor?

MANOLO Usted me manda, Paulina.

PAULINA Vea usted si Isidoro está todavía con esos señores y dígame usted que es urgente, urgentísimo que hable conmigo.

MANOLO En seguida. *(Sale Manolo.)*

PAULINA *(A Celeste.)* Comprenderás que no podemos estar en esta incertidumbre; comprenderás que la boda tiene que celebrarse hoy..., sea como sea, por muy nerviosos que estemos todos; no se puede jugar así con la gente; tu madre debe comprenderlo, y si el Marqués ha influido en su ánimo..., del Marqués se encargará Isidoro; pero tu madre viene, no lo dudes. ¡No faltaría más!

CELESTE ¡Por Dios, Paulina! No te descompongas así. Puedes suponer que no tengo la culpa de nada. Desde que mi madre pensó en casarse, nadie me habrá oído opinar ni en pro ni en contra; es mi criterio: cada uno su vida.

M. MONT. ¿Pero qué sucede, si puede saberse?

M.^a ISABEL Nada, papá; no tiene importancia.

M. MONT. No, no queráis engañarme, que algo sucede; no podéis ocultarlo...

PAULINA ¿Qué ha de suceder? Ya lo sabrás cuando suceda, que no sucederá... *(Entra el Criado.)*

M. MONT. Es que...

CRIADO Con permiso.

PAULINA ¿Qué?

- CRIADO Los familiares del señor Obispo, que traen las ropas y ornamentos de Su Ilustrísima.
- PAULINA Está bien. (*Sale el Criado.*) Ve tú, María Isabel; atiéndeles para todo lo que necesiten... Acompáñala, tú, Celeste.
- CELESTE Con mucho gusto... Después de todo... no me hagas mucho caso; puede que mi madre haya reflexionado después.
- PAULINA Ya lo creo que reflexionará. (*Salen María Isabel y Celeste.*)

ESCENA VIII

PAULINA y el MARQUÉS DE MONTIEL.

- PAULINA No puedo esperar. (*Llama al teléfono.*)
- M. MONT. ¿Es que Doloritas?...
- PAULINA ¡Calla, calla! Siete, cinco, treinta y tres, Salamanca.
- M. MONT. Esa flor le faltará al ramo.
- PAULINA ¿Qué le faltaría?
- M. MONT. Que por todas estas cosas, ahora Doloritas me dejara plantado. Sería de un ridículo, a mis años...
- PAULINA Si no fuera más que el ridículo... (*Hablando por teléfono.*) Sí, yo, la señora... Con la señora... ¿No puede ponerse al aparato?... ¿Que está muy enferma?... ¿Que el Marqués vendrá de su parte?... Pero yo necesito hablar con la señora... ¿Que no es posible?... Está bien. (*Al Marqués.*) ¿Has oído?
- M. MONT. A medias; pero lo bastante para hacerme cargo. De modo que mañana seremos la comidilla de todo Madrid.
- PAULINA Todo esto lo ha tramado el Marqués para que el escándalo sea en nuestra casa, para llevar a Isidoro al descrédito, para que los accionistas que están de su parte desconfíen de él y el Marqués

no tenga que dar cuenta de sus embrollos. Pero el Marqués no conoce a Isidoro y Doloritas no me conoce a mí.

M. MONT. Y a mí tampoco me conoce nadie. ¿Habéis creído, porque en estos tiempos me hayáis visto acobardado, transigiendo con personas y cosas con las que no he debido transigir nunca; habéis creído que me he olvidado de lo que me debo a mí mismo, al nombre que llevo, que voy a consentir que se me traiga y se me lleve, juguete de intrigas y trapisondas financieras que ni siquiera entiendo ni me importan? ¡No, y mil veces no! Esa señora puede venir o quedarse en su casa; yo soy el que se va ahora a la suya, a mi casa, ruïnosa y arruinada como yo, pero donde, a lo menos, soy dueño y señor de mis acciones, buenas o malas. Quedad con Dios. (*Va a marcharse.*)

PAULINA (*Deteniéndole.*) ¡No, no es posible! ¡Por mí, por lo que más quieras! No quiero pensar lo que Isidoro sería capaz de hacer si viera que por tu culpa consiguiera el Marqués lo que se propone.

M. MONT. ¿Y debo ser yo el que soporte la desairada, la ridícula situación que se me ha preparado?

PAULINA Mira que sería lo irremediable, que Isidoro no repararía en nada, que sería la desgracia de toda mi vida.

M. MONT. ¡Ah! ¿Le tienes miedo? ¿No es por cariño, es por miedo por lo que estás sometida a su voluntad?...

PAULINA No, no; es por cariño; pero no quieras que entre Isidoro y tú mi cariño tenga que decidirse nunca. Yo estoy segura de que Isidoro podrá más que todos, que triunfará de todo; pero no quieras hacerte cómplice de sus enemigos... Tú no sabes, no sabes... Te admirabas de mi serenidad; quería aparentarla, engañarme a mí misma, pero no puedo más, no puedo más... Tengo mucho miedo (*Rompiendo a llorar.*)

M. MONT. ¡Vamos, hija mía, hija mía!... Está bien, que sea de nosotros lo que esa gente disponga. Seremos una cifra más en el balance de sus negocios.

ESCENA IX

DICHOS y MANOLO.

MANOLO Isidoro viene en seguida. ¡Paulina! ¿Qué es esto?

PAULINA Nada, nada... ¿Decía usted que Isidoro...?

MANOLO Sí; ya terminaba su conferencia con esos señores, que parecían muy satisfechos.

PAULINA ¡Ah! ¿Lo ves? Isidoro podrá contra todos.

MANOLO Debo advertir que han llegado muchos invitados.

PAULINA Es verdad; pronto va a ser la hora... ¡Dios mío! Pomar, usted es como de la familia, atienda usted a esa gente, discúlpeme usted... Si fueras tan bueno, papá; tu presencia evitaría comentarios, ve tú también; hablaré yo sola con Isidoro, es mejor.

MANOLO Vamos, José Manuel, vamos.

M. MONT. Bueno estoy yo para cumplimientos. (*Salen el Marqués de Montiel y Manolo.*)

ESCENA X

PAULINA, y a poco ISIDORO.

PAULINA Isidoro... ¿Sabes ya?... ¿Te han dicho?...

ISIDORO ¿Qué?

PAULINA Doloritas está enferma..., dicen que está enferma. He telefoneado a su casa; no he podido hablar más que con la doncella; me ha dicho que el Marqués viene en seguida, que él nos dirá...

ISIDORO ¿El Marqués? ¿Qué puede decirnos? ¡Si ha creído el Marqués que va a burlarse de mí! Debía espe-

rarlo todo; ya era extraño que desde el primer momento no se hubiera opuesto a la boda de Doloritas con tu padre, que aparentara conformidad, ofreciéndose espontáneamente a ser el padrino. Nunca conoce uno a la gente lo bastante. Era que aguardaba la ocasión propicia para demostrarme que es más hábil, que es más fuerte que yo. ¡Cómo he podido yo creer que él iba a renunciar tan fácilmente a manejar la fortuna de Doloritas! Pero bien ha sabido fingir, asegurándome que él se alegraba mucho de que Doloritas se hubiera decidido a casarse, por la tranquilidad de su casa, por verse libre de responsabilidades..., porque Doloritas viera al fin disipadas las sombras de una situación equívoca...

PAULINA Pero ¿qué dices, que no quisiera comprenderlo? ¿Por qué esas responsabilidades de que el Marqués deseaba verse libre? ¿Qué situación equívoca era ésa?... Y si es lo que yo pienso, lo que ya creo, ¿cómo has podido tú concertar ese matrimonio? No, Isidoro, sería indigno; no es posible que tú puedas despreciar a mi padre de esa manera.

ISIDORO ¿Pero tú crees que tu padre no lo sabe como lo sabíamos todos?

PAULINA No, es mentira; yo no lo he sabido nunca; mi padre tampoco podía saberlo.

ISIDORO Si vamos a engañarnos unos a otros. ¿Creía tu padre, creíamos todos, que el primer marido de Doloritas, con un comercio modestísimo, podía haber dejado una fortuna si no hubiera contado con protecciones? En Madrid, donde todo se sabe y todos nos conocemos...

PAULINA Nosotros no podíamos saberlo; nosotros sólo por ti hemos podido conocer a toda esa gente.

ISIDORO Que es poco más o menos como la que yo he tenido que conocer por vosotros. ¿Es que en

nuestra clase, en la familia misma, no ha habido nunca matrimonios por conveniencia, protectores y protegidos? ¿Es que tu padre, eso sí, del modo más caballeresco, no ha cometido falsedades, que de no haber yo intervenido a tiempo le hubieran llevado a la cárcel? ¿Y vas a decirme que con su experiencia de la vida ignoraba el origen de la fortuna de la Doloritas?

PAULINA Pues yo te digo que no puedo creerlo, que mi padre no es capaz a sabiendas de cometer esa indignidad... Habrá cometido otras, no lo niego; pero no es razón para que ya creas de él todas las bajezas de que vosotros seríais capaces, porque entre mi padre y vosotros ni en la indignidad puede haber semejanza.

ISIDORO No deseo parecerme a él en nada. Pero conste que antes ha necesitado tu padre de mis indignidades que yo de las tuyas. Ahora todo nos une y nos obliga..., nos obliga..., ¿entiendes bien?, a no separarnos.

PAULINA ¡No, eso no! Yo creía en ti; creía, a pesar de todo; pero eso no, yo no puedo callar...

ISIDORO Y si hablas sólo conseguirás poner a tu padre en la violenta situación de tener que darse por enterado; le obligarás a buscar una fórmula caballeresca, que no tardaría en encontrar. Todo ¿por qué?... Hoy por hoy te aseguro que todo ha terminado y nadie considerará que tu padre esté en evidencia por ello. Es historia antigua, a la que no debe darse importancia... Tarda el Marqués, no es posible esperar más tiempo... Iré yo.

PAULINA No; suceda lo que suceda, ¿qué importa?...

ISIDORO ¡Paulina! De todo puedes dudar menos de que yo te he querido, te quiero como no he querido a nadie en la vida. Hoy, te lo juro, sin ti nada me importaría: posición, dinero, la ruina para siempre... Pero cuando estoy seguro de triunfar, cuando sé que todos están en mis manos, porque

no soy hombre para que nadie le sorprenda des-
prevenido..., no puedes ser tú quien lo impida;
por lo mismo que si tú me faltaras en este mo-
mento decisivo de mi vida, sólo porque tú lo hu-
bieras querido me resignaría a perderlo todo.

ESCENA XI

DICHOS y el MARQUÉS DE RONDÓN.

M. RONDÓN ¡Paulina, amiga mía!... Ya saben ustedes...

ISIDORO Sí. Y le esperábamos a usted con impaciencia;
tanto, que me disponía a salir en su busca.

M. RONDÓN ¿Saben ustedes que Doloritas está enferma de
algún cuidado?

ISIDORO Sí.

M. RONDÓN Soy el primero en deplorar lo que esto puede
prestarse a comentarios en estas circunstancias;
pero contra lo irremediable...

ISIDORO Marqués, a mí me gusta la claridad ante todo. Ha-
blemos con claridad. No trato de sincerarme. La
suerte de nuestra Sociedad está en mis manos.
Los accionistas importantes están a mi favor y
en contra de usted. Con usted no aceptarán nada
de cuanto se proponga para hacer frente a la si-
tuación; conmigo lo aceptarán todo. Si usted
pretende inutilizarme, será la quiebra, el descré-
dito, la ruina de todos... Usted, con habilidad
de maestro, lo reconozco, ha sabido ganarme
por la mano. Antes de la batalla ha vencido usted
en esta escaramuza. Contaba con ello; pero con-
taba con que la vanidad de Doloritas por titularse
Marquesa de Montiel se sobrepondría a cuanto
usted pudiera influir en su ánimo. Me he equivo-
cado, y no me pesa; una vez más tengo que creer
que el dinero puede más que todo. El momento
es de usted, pero un momento significa muy
poco; por este momento puede usted perderlo

todo. Aparte su satisfacción de amor propio..., por el momento no ganará usted nada. Usted sabe que declarada la quiebra hay motivos bastantes para un proceso, del que no saldrá usted muy bien librado.

M. RONDÓN ¿En compañía de usted?...

ISIDORO No, Marqués. En el azar de mis empresas yo lo arriesgo todo, hasta la última carta; en esa última carta sé jugarme la vida. De modo que, en las consecuencias judiciales, que pudieran ser un presidio, sintiéndolo mucho, no podría tener el gusto de acompañarle.

M. RONDÓN ¿Por qué me ha declarado usted la guerra? Yo he sido siempre para usted un amigo leal.

ISIDORO No vamos a discutirlo. Tengo sobradas pruebas de su lealtad. Yo soy enemigo leal; no hallo mejor modo de corresponder a su leal amistad. Por eso no dude en proponerle a usted una tregua. Evite el escándalo de hoy y yo me comprometo a salvar la situación de mañana del modo más conveniente para todos. Convenza usted a Doloritas; vaya usted ahora mismo a buscarla sin perder tiempo; Paulina irá con usted. De otro modo yo le aseguro a usted que cuando quiera usted arrepentirse será tarde. Y si su experiencia de la vida y de los hombres le ha enseñado a usted a conocerlos, debe usted conocer que estoy dispuesto a todo, que es la última carta. Haga usted lo que quiera.

PAULINA ¡Isidoro! ¡Marqués! Me asusta oírles a ustedes.

M. RONDÓN ¿Me da usted su palabra de que en la próxima junta no seré hostilizado, me sostendrá usted contra todos?

ISIDORO Contra todos.

M. RONDÓN Su palabra...

ISIDORO Mi palabra. No es preciso decir de honor. La palabra que interesa cumplir. El honor no tiene importancia.

M. RONDÓN No es preciso que venga Paulina; está muy afectada.

PAULINA Sí, voy con usted. Aquí no estaría segura de poder contenerme, de no ser yo quien evitara tanta vergüenza... Vamos cuando usted quiera.

ESCENA XII

DICHOS, MARÍA ISABEL, el MARQUÉS DE MONTIEL y MANOLO.

M.^a ISABEL ¡Paulina, Paulina, el coche del señor Obispo llega en este momento!

ISIDORO Ya oyen ustedes. Vayan ustedes. Nosotros le atenderemos.

PAULINA Vamos, sí; vamos... *(Salen el Marqués de Rondón y Paulina.)*

M.^a ISABEL ¿Qué ha dicho el Marqués? ¿Es verdad que Doloritas está enferma?

ISIDORO No ha sido nada. Vendrá. ¿Quién puede dudarlo? Vendrá. *(Al Marqués de Montiel)* Mucho tienes que agradecerme.

M. MONT. No lo dudo. En el balance de tus cifras soy un cero a la izquierda. Prefiero no saber lo que ha ocurrido entre vosotros.

ISIDORO Es lo mejor... Vamos a recibir a Su Ilustrísima. Es muy bondadoso y sabrá perdonar la tardanza... ¿Vienes?

M. MONT. Sí, vamos a besar el anillo a Su Ilustrísima. Y que la paz de Dios sea con nosotros.

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

Saloncito en casa de Doloritas.

ESCENA I

EL MARQUÉS DE MONTIEL lee los periódicos. Entra DOLORITAS y detrás un CRIADO con una bandeja con una taza de *consommé*, galletas, una botella de Oporto y copas. Deja todo sobre la mesa y sale.

DOLORITAS José Manuel...

M. MONT. Perdona; no te había visto.

DOLORITAS Aquí tienes el reparillo de todas las tardes.

M. MONT. Vamos allá... Pero te aseguro que no siento la menor debilidad. Te has propuesto tratarme como a enfermo...

DOLORITAS Tratarse como a enfermo es el modo de estar siempre sano. Dime si no estás mucho mejor desde que has ordenado tu vida. Mi orgullo será que llegues a los cien años a fuerza de cuidados.

M. MONT. Es posible que llegue a los cien años, a fuerza de parecerme que ya los tengo, por la vida que hago..., que me obliga a hacer, y que yo acepto muy complacido, por no disgustarte.

DOLORITAS No creo que tengamos nunca el menor disgusto. Mi carácter no es para disgustos.

M. MONT. Tampoco el mío... ahora. De joven, y aun muy hombre, era yo impetuoso, no soportaba la menor contrariedad; pero la vida amansa, educa.

Hace ya muchos años que abdiqué de mi voluntad en absoluto. «Sea lo que Dios quiera» es mi oración mental al despertarme todos los días. Sea lo que Dios quiera. Con lo que ya no estoy tan conforme es con que en estos últimos años haya sido mi yerno el ejecutor de esa divina voluntad.

DOLORITAS ¿No te referirás a la intervención en nuestro matrimonio?

M. MONT. No; nuestro matrimonio bien está, lo haya dispuesto Dios o Isidoro. Es..., son muchas cosas. Es que a cada paso quiere manejarme a su antojo, hacerme instrumento de sus ambiciones y sus intriguillas. Y eso no; no estoy dispuesto a consentirlo.

DOLORITAS ¿Has tenido algún disgusto con él en estos días?... Ya; los negocios. No quisiera ni oír hablar de ellos. Bastante he sufrido en vida de mi primer marido por ese afán de los negocios. No había hora tranquila en nuestra casa. Después, gracias al Marqués, me he visto libre de muchas preocupaciones; él administraba y disponía; y el aumento de mi fortuna en estos años es la mejor prueba de su acertada gestión. No tengo para él más que motivos de agradecimiento.

M. MONT. Eso digo yo; si no bastara tu agradecimiento, yo, por mi parte, en el poco tiempo que le conozco, no le debo más que atenciones. Últimamente, en la liquidación de mis asuntos, ha tenido la generosidad de ofrecérseme para todo lo que necesitara. Yo creo que se puede ser todo en este mundo menos ingrato y desleal; la ingratitud y la deslealtad son para mí de lo más plebeyo; con decir esto basta para comprender que yo no voy a prestarme a las maquinaciones de Isidoro.

DOLORITAS ¿En contra del Marqués? ¿No ha desistido? Pero ¿qué se propone? Si en la próxima junta no están todos de acuerdo será el desastre. Pero, en

fin, si lo que Isidoro pretende de ti, de nosotros, es que las acciones que yo poseía sean unos votos más en contra del Marqués, puedes decirle que esas acciones, según disposición testamentaria de mi marido, han pasado a ser de mi hija al casarme yo por segunda vez, y como de mi hija, también por las mismas causas, el tutor es hoy el Marqués, lo que Isidoro pretende es inútil. Díselo así y que no vuelva a molestarte.

M. MONT. Si ya lo sabe, si ya está enterado de todo, y esa es su desesperación. No hay nada más temible que el despecho de un hombre de negocios cuando ve frustrada alguna de sus habilidades.

DOLORITAS Y una de las habilidades de Isidoro ha sido nuestro matrimonio... (*El Marqués va a hablar.*) No, no te disculpes. Lo ridículo, a nuestra edad, hubiera sido un matrimonio por amor; lo natural es que haya sido por conveniencia; conveniencia mutua. Por esa misma conveniencia estoy segura de que hemos de llevarnos lo mejor posible. Contamos para ello con lo más necesario: educación, y claro es que la educación es sólo aparente y superficial si no procede, tanto como de lo que nos enseñaron desde niños, de un fondo propio y natural de buenos sentimientos.

M. MONT. Es verdad; y puedes creer que en mí ha existido siempre ese buen fondo.

DOLORITAS No lo he dudado nunca... Nobleza obliga, porque la nobleza no está sólo en los títulos heredados. Yo soy de origen muy humilde y también tengo el orgullo de mi nobleza: la honradez de toda una familia de mujeres y de hombres honrados y trabajadores, incapaces de una mala acción. Yo acaso por vicisitudes de la vida no haya podido imitarles en todo; pero su ejemplo me sostuvo siempre. Y si alguna vez pude desmerecer a mis propios ojos, pronto hice cuanto me fué posible para rehabilitarme. Equivalgan a una

confesión estas palabras, porque no quisiera que nunca pudiéramos decir uno de otro : nos hemos engañado.

M. MONT. No, Doloritas. Sabemos de la vida lo bastante para no tener nunca que preguntarnos nada que nos obligara a mentir. Yo he tenido que perdonarme mucho en la vida para no creer que sólo valemos algo cuando valemos un poco más que nuestra vida.

DOLORITAS Te he hablado así porque sé que Isidoro, contrariado en sus planes, sería capaz de decirte cosas...

M. MONT. Sí, ya lo ha intentado y ni he querido oírle. Isidoro no repara en nada. Para él significa lo mismo un matrimonio que una separación. Yo no sé si algún día le estorbara mi hija para alguna de sus combinaciones si no dudaría en sacrificarla.

DOLORITAS Eso no; ya ves, yo creo que Isidoro quiere mucho a Paulina, a pesar suyo, eso sí; porque él sabe que ese cariño es su debilidad, lo único que pudiera detenerle si algún día se le opusiera en su camino de triunfador. Pero he notado, desde el día de nuestra boda, que Paulina no está de mi parte; procura disimularlo, pero me trata con un despego que nunca había advertido en ella. Influencia de Isidoro, seguramente.

M. MONT. Sí, no ve más que por sus ojos.

DOLORITAS Esos hombres fuertes, material y espiritualmente, saben hacerse amar.

ESCENA II

DICHOS y MANOLO.

MANOLO ¿Cómo va desde ayer, Doloritas? ¡Hola, José Manuel! Siempre les hallo juntitos... Así va bien.

DOLORITAS Así irá siempre. ¿Quiere usted tomar algo?

MANOLO ¡No, por Dios, Doloritas, que me va usted a obligar a no venir a estas horas!; parece que sólo vengo por la merienda.

DOLORITAS ¿Por qué no quiere usted venir a almorzar y a comer todos los días con nosotros?

MANOLO ¡No faltaría más!

DOLORITAS ¿No iba usted siempre a casa de José Manuel?

MANOLO No es lo mismo. Iba por acompañarle en su soledad. Ahora ya tiene compañía, y aquí, gracias a Dios, no puede decirse: «La soledad de dos en compañía...» Debe respetarse esta dulce intimidad, la luna de miel.

DOLORITAS La luna nos parece poco, aspiramos a que sea sol.

MANOLO Entonces me adjudicaré el papel de nube de cuando en cuando. Lo principal es que sean ustedes muy dichosos.

DOLORITAS Si nos dejan.

MANOLO Por lo pronto, José Manuel tiene otra cara.

M. MONT. ¿Sí?

DOLORITAS ¿Verdad? No le permito fumar más de dos cigarrillos al día, se acuesta temprano; todas las mañanas nos lleva el auto al Retiro o al Parque del Oeste y nos damos a pie un buen paseíto. Además toma dos o tres medicamentos alternando, que le sientan muy bien; y este verano, Dios mediante, iremos a Vichy o a Cestona. Me he propuesto que llegue a los cien años.

MANOLO Y yo que lo vea.

DOLORITAS No; usted no se cuida para eso. Tendré yo que encargarme de usted. (*Entra un Criado.*)

CRiado La señorita de Rondón.

DOLORITAS Que pase. (*Sale el Criado. Al Marqués.*) ¿No te molesta?

M. MONT. No; es divertida.

DOLORITAS ¿Qué traerá?

ESCENA III

DICHOS y EMILÍN.

EMILÍN ¡Doloritas! ¡Marqués!... Adiós, Pomar...

DOLORITAS ¿Y tu madre?

EMILÍN Luego vendrá. Yo buscaba a Celeste. Ya me han dicho que no está; voy a esperarla. Por eso pregunté por usted. Usted perdone, porque la visita no era para usted.

DOLORITAS Es lo mismo. Celeste no debe tardar. Salió a encargar unos libros.

EMILÍN Ya me figuraba que no estaría a estas horas, que son las de trotar. La he buscado por dos o tres librerías, pero ya había hecho sus encargos. Es que no quiero que se me adelante Tuturito. Verá usted: Celeste quiere comprarme mi Citroen. Ya lo hemos hablado. Se lo doy en muy buenas condiciones. Está flamante y es un buen coche.

DOLORITAS No me ha dicho nada. Verdad que esa hija mía es tan poco comunicativa. ¿Pero tu padre sabe que vendes el coche?

EMILÍN ¡A papá qué le importa! El coche es mío; lo he comprado de mis ahorros.

DOLORITAS Sí, tus ahorros..., de tu trabajo.

EMILÍN De mis negocios de compra y venta. Hace poco le vendí a papá otro coche también mío. Hice un buen negocio, porque me dió más de lo que me había costado; bueno, le engañé. Luego compré este Citroen por menos dinero, pero ya me he cansado; ahora quiero un Cadillac. A Celeste le gusta el Citroen para callejear, para eso es práctico. Yo como sólo salgo de excursiones y no me gusta conducir por las calles, con la gentuza que se le pone a uno delante; luego dicen si hay atropellos... Bueno, pues en cuanto mi her-

mano se entere de que Celeste me compra el coche, quiere ofrecerle el suyo que no vale nada; como él no sabe conducir ni sabe cuidarlo; es una chocolatera indecente, pero se lo dará por nada por fastidiarme. Y a eso he venido, a que Celeste no se deje engañar... ¡Ah! ¿Es verdad que Celeste ha tomado un estudio para irse a vivir sola?

DOLORITAS No me ha dicho nada, pero es posible. Con vosotras siempre hay alguna sorpresa; aunque, por desgracia, ya no sorprende nada.

EMILÍN Me alegraría, porque tendría una donde divertirse. Las casas de familia son insoportables. Claro que las amistades de Celeste no son muy divertidas: demasiada literatura, y todos los literatos son tan feos... ¿Por qué serán tan feos los literatos?... Y luego, algunos que parecen tan atrevidos cuando escriben, y se les queda una mirando y se les sube el pavo como a una colegiala.

DOLORITAS Como a una colegiala de otros tiempos querrás decir, porque lo que es en estos... ni a las colegialas.

EMILÍN Bueno, Doloritas, no comparemos tiempos con tiempos, que las muchachas de ahora también sabemos algo de historia antigua.

DOLORITAS Eres muy atrevida... Ya sabes que a tu padre le tiene muy disgustado tu manera de ser.

EMILÍN Pues ya sabe que cuando le moleste... Yo no necesito de nadie, ni de padres ni de maridos. Sé ganarme la vida. Lo mismo sirvo para un comercio que para regentar un hotel o una casa de modas o un bar, si hace falta. Sé preparar cuarenta y dos clases de *cock-tails*. Si me lo propusiera, en las *varietés* llegaría a ser una estrella en poquísimo tiempo; el *cine* no me va, porque no se habla, y yo, si no digo todo lo que se me ocurre, reviento.

DOLORITAS ¿Qué te parece, José Manuel, qué te parece?

- EMILÍN Gracias a mí estoy muy preparada. Me basto a mí misma.
- M. MONT. ¿Qué sabes tú, Emilín, qué sabes tú? Ni lo que piensas ni lo que quieres.
- EMILÍN ¡Ah! ¿Cree usted? Estoy muy segura de mí misma.
- M. MONT. Sí, ya lo veremos..., cabecita a pájaros..., que te parecen ideas, ideas tuyas. Hasta que el corazón tire la primera piedra a la cabeza y los pájaros vuelen a la desbandada. En fin, hay que dejaros a las jóvenes la ilusión de que sois muy distintas a lo que fuimos nosotros; también nosotros lo creíamos de nuestros padres, y así va el mundo; mascarada de trajes y de pensamientos, con una sola verdad: el corazón, que ha cambiado muy poco desde Adán y Eva hasta nuestros días.
- DOLORITAS Aquí tienes a Celeste.
- EMILÍN ¡Con Tuturito! ¡Ese canalla! Se me ha anticipado... Le araño.

ESCENA IV

DICHOS, CELESTE, TUTURITO, MAURICIO y EDUARDO.

- CELESTE ¡Hola, Emilín!
- MAURICIO ¡Doloritas!... ¡Marqués!...
- EDUARDO Señores...
- EMILÍN (*A Celeste.*) Te he buscado de librería en librería... ¿Dónde te han encontrado todos éstos?
- TUTURITO En el estudio. Como yo estoy más al tanto que tú de las novedades... No sabes que estamos poniendo un estudio. Mauricio es el decorador... Eduardo está pintando un friso originalísimo, idea mía; una mezcla de cubismo y de triangulismo.
- DOLORITAS ¡Están locos!
- EMILÍN Bueno, todo eso me tiene sin cuidado; pero como hayas querido chafarme la papeleta del coche...

- TUTURITO Trato hecho... Por esta vez...
- EMILÍN ¿Es verdad, Celeste? Bueno; a ti no vuelvo a saludarte. (*A Tuturito.*) Y de ti..., ya sé cómo he de vengarme.
- TUTURITO ¿Pero iba yo a consentir que engañaras a Celeste con tu coche que es una chocolatera indecente?
- EMILÍN Mira, eso no tiene gracia, y es lo que yo había dicho del tuyo.
- TUTURITO Pero del mío no es verdad. Ahora mismo hemos venido en él y hemos pasado a un Roll.
- MAURICIO Di que hemos pasado a un *taxi*, que es el que nos ha traído hasta aquí, porque el coche de Tuturito se quedó en la cuesta de San Vicente.
- EMILÍN ¡Me alegro, me alegro!
- CELESTE No hagas caso, Emilín. Son bromas de tu hermano por hacerte rabiar. Ni le he comprado el coche, ni el coche de Tuturito está más que para bajar cuestras y empujándole.
- EMILÍN Ya me figuraba yo... Bueno, decidme, ¿cómo va ese estudio?
- CELESTE Será algo originalísimo.
- MAURICIO Estamos haciendo diabluras en la decoración.
- EDUARDO Y los muebles también es algo abracadabrante.
- EMILÍN Ya iré por allí. Pero, oye, suprime literatos.
- DOLORITAS ¿Pero es verdad, hija mía, lo que me ha dicho Emilín?
- CELESTE ¿Qué, mamá?
- DOLORITAS Que has alquilado un estudio y piensas irte a vivir allí sola.
- CELESTE Me llevo a Basilisa y a un japonés que me ha encontrado Pepe Ruidoro.
- DOLORITAS ¡Jesús! ¡Jesús! Vamos, que aunque quisiera una no espantarse de nada... Tú sabes, hija mía, hasta dónde ha llegado mi condescendencia con tus caprichos y tus extravagancias. Por complacerte, hemos hecho viajes molestísimos, te he permitido que recibas en casa a personas que no eran

de mi agrado. Tú sabes que no pasaba día que no se llevaran algo: un libro, un cacharrito...; hasta cucharillas. Lo cual servía de pretexto para que los criados abusaran. Si faltaba algo, ya se sabía: los amigos de la señorita.

MAURICIO Supongo que no nos contará usted en el número de esos amigos.

TUTURITO A mí, sí; a mí puede contarme. Yo lo confieso, no puedo resistirme a la tentación de llevarme algo de todas partes. Luego regalo cosas que valen más..., pero es tan divertido...

M. MONT. Y ahora no es peligroso. Desde que hay Tribunales para niños.

DOLORITAS En serio, hija mía, ¿estás decidida a vivir por tu cuenta?

CELESTE No creo que tenga nada de particular. Tú misma dices que te molesta la gente que yo recibo. ¿Para qué vamos a molestarnos? Cada uno su vida, es mi criterio.

DOLORITAS Está bien.

M. MONT. Sentiría que el motivo de una decisión que tanto ha de disgustar a tu madre fuera mi presencia en esta casa.

CELESTE ¡Por Dios! No se le ocurra a usted. Si eso fuera no hubiera estado aquí ni un momento. Al contrario, su presencia de usted me es muy grata. Por lo único que ha podido influir en mi decisión es porque ya no me preocupa como antes que mi madre se quedara sola. Però vendré todos los días a verles a ustedes y comeré aquí muchas veces.

DOLORITAS ¡Vamos! ¡Esto no, esto no!

M. MONT. No te disgustes. No hay nada como el tiempo, que es la vida, para poner orden en estas cabecitas jóvenes desquiciadas. Es la inquietud de los tiempos, a la que todos hemos contribuido.

CELESTE Os ofrezco una taza de te en mi cuarto.

TUTURITO Se acepta, siempre que sea un *whisky*...

- EMILÍN ¿De modo que el coche?...
- CELESTE Sí, trato hécho. Si quieres te lo pago ahora mismo.
- EMILÍN Te lo agradeceré, porque tengo otro negocio en planta y necesito juntar dinero. Contigo no gano nada, puedes creerlo.
- CELESTE Por supuesto, hoy me cobro el *whisky*, porque me vais a ayudar a hacer la mudanza.
- MAURICIO Encantados.
- CELESTE Tenéis que empaquetarme los libros con mucho orden... Y las porcelanas las iréis llevando al estudio una por una.
- TUTURITO Me ofrezco.
- CELESTE No, tú no; te quedarías con ellas.
- TUTURITO Para eso te regalé el Buda de jade, que me costó...
- CELESTE Sí; llevártelo de casa de los Montero. (*Salen Celeste, Emilín, Tuturito, Mauricio y Eduardo.*)

ESCENA V

DOLORITAS, el MARQUÉS DE MONTIEL y MANOLO.

- DOLORITAS ¿Qué le decía yo a usted cuando nos deseaba usted que fuéramos dichosos? Si nos dejan. ¿Usted cree que para mí puede haber tranquilidad con esta hija mía, que yo no sé a quién haya podido salir?
- M. MONT. Los hijos de ahora no salen a nadie, salen a los tiempos, al ambiente en que viven. Ya ves si Emilín y Tuturito se parecen tampoco a sus padres... Emilín, ¡vaya!, si parece que saca alguna... disposición para los negocios.
- DOLORITAS Ya que te acompaña Pomar, aprovecho para contestar cartas. Me escriben felicitándome, y si va uno dejando de contestar... Hasta ahora. (*Sale.*)

ESCENA VI

EL MARQUÉS DE MONTIEL y MANOLO.

M. MONT. No creas lo de las cartas, es que es tanta su discreción que ha buscado ese pretexto para dejarnos solos, suponiendo que tendremos que hacernos algunas confidencias. Es muy inteligente Doloritas.

MANOLO ¿De modo que estás contento?

M. MONT. ¿Qué voy a decirte? Tú sabes en qué disposición de ánimo me presté a este matrimonio. Yo sabía de Doloritas lo que habían querido decirme Isidoro y mi hija. Yo, por mi parte, no procuré confirmar sus referencias; me era lo mismo. «Vamos allá—me dije—: si sale mal, un disparate más o menos... A bien que ahora es tan fácil divorciarse.» Pero ¡si vieras que esta mujer se ha ido entrando en mi corazón con su inteligencia! Eso sí, me trata como a un niño enfermo. Algunas veces llego a creer que lo estoy de veras, y me entra una aprensión... Pero ni en sus cuidados es extremosa; ella misma los echa a broma... Mi ratito de Casino por las noches es lo único que me falta. Todavía no me parece correcto hacer alguna escapada... Oye, mira cuánta se su discreción y su buen gusto, que el otro día..., vamos, esa Candelitas... Pues no se atrevió a escribirme a aquí, a mi casa... Doloritas vió el sobre..., y los sobres de Candelitas no pueden ser más que de ella... Cuidado que le habré yo puesto sobres con mi dirección para que los copiara; pues sigue poniendo Marqués sin u, y de Montiel todo junto... Pues ya te digo, Doloritas vió el sobre que trascendía a trapionda desde una legua, y ni la menor alusión ni asomo de contrariedad... Un encanto.

- MANOLO ¿Qué te decía yo? Que Doloritas sabría hacerte dichoso...
- M. MONT. Pero ahí tienes... Ahora son Isidoro y mi hija los que se han propuesto infernar esta tranquilidad.
- MANOLO ¿Sí? ¿Pues qué sucede?
- M. MONT. Que Isidoro está hecho una furia porque las acciones, las dichosas acciones de la dichosa Sociedad de sus embrollos, ya no son de Doloritas, sino de su hija, y por lo tanto, como si fueran del Marqués, que es hoy su tutor, por haberse casado su madre. Ya estoy viendo que al verse burlado va a procurar divorciarme de la madre y casarme con la hija... Es capaz de todo. Bromas aparte: la situación es muy violenta, porque Isidoro se permite unas insinuaciones..., y también mi hija... Doloritas no lo sabe, no quisiera yo que lo supiera, pero han llegado a decirme que mi dignidad no me permite vivir en esta casa...
- MANOLO Están locos... Después que han sido ellos los que...
- M. MONT. Ahí tienes. El día mismo de la boda todo les parecía bien; unos días después ya todo les parece mal...
- MANOLO Pero tú harás lo que debes hacer, sin dejarte llevar más que por los dictados de tu corazón y de tu conciencia...
- M. MONT. Claro está; de mi corazón y de mi conciencia. Deben comprender que a mis años... un matrimonio puede pasar, pero un divorcio... sería ridículo a más no poder.

ESCENA VII

DICHOS, el MARQUÉS y la MARQUESA DE RONDÓN.

M. RONDÓN Señores...

M. MONT. Marquesa...

M. RONDÓN ¿Cómo va? ¿Y Doloritas?

M. MONT. Aquí estaba hace un momento. Fué a escribir unas cartas... También están sus hijos, Emilín y Tuturito, diableando por allí dentro con Celeste.

MARQUESA ¡Qué muchachos! ¡Yo no sé a quién puedan haber salido!

M. MONT. Eso decimos todos los padres; lo cual en nada nos favorece a nosotros, y a usted mucho menos.

MARQUESA Yo tengo la conciencia bien tranquila.

M. RONDÓN ¿Ha hablado usted con Isidoro en estos días, Marqués?

M. MONT. Poca cosa.

M. RONDÓN Está intratable, quiere llevarnos a la ruina. Cuando todos unidos en la mejor armonía... ¿No podría usted persuadir a Paulina?... Paulina es buena, le quiere a usted mucho...

M. MONT. Pero tengo tan poca autoridad con ella... Y ese Isidoro, que cuando le conviene, hasta parece que tiene corazón, la ha sugestionado hasta con extremo...

M. RONDÓN Pero señor; si está en la conveniencia de todos... Isidoro sabe que hoy está en mis manos la mayor parte de las acciones. En estos días todos los pequeños accionistas, alarmados por lo que se había dicho, han venido a ofrecermé sus acciones... a cualquier precio... Yo me resistía, pero la resistencia era aumentar la alarma; a pesar mío, tuve que aceptar y comprarlas... El efecto ha sido un alza instantánea... Algunas veces recompensa Dios las buenas acciones...

M. MONT. Y las malas, cuando están en buenas manos.

M. RONDÓN Si ahora lo echamos todo a perder con discusiones y trapos a la colada... Yo sé que Isidoro puede perjudicarme, pero perjudicándose él también y desprestigiándonos todos. En cambio, si cede en su amor propio, si se pone de mi parte, la Sociedad puede recuperar todo su crédito... Yo estoy dispuesto a ceder a Isidoro la mitad de todas estas acciones adquiridas por mí en las

mejores condiciones, al mismo precio que a mí me han costado... No lo haría por nadie..., no por lo que valen, sino por el interés moral que representan... Hable usted con su hija, Marqués... Yo sabría demostrar mi agradecimiento con algún recuerdo de buena amistad..., cualquier chuchería agradable siempre para las señoras..., unas perlas..., un broche... A usted no me atrevo a ofrecerle nada, porque sé cuánta es su delicadeza... y temería ofenderle...

MARQUESA Doloritas viene.

M. RONDÓN Ni una palabra de todo esto.

M. MONT. Descuide usted.

ESCENA VIII

DICHOS Y DOLORITAS.

DOLORITAS No hará mucho que han llegado ustedes...

MARQUESA Ahora mismo.

DOLORITAS Escribía unas cartas... Necesito de usted Marqués.

M. RONDÓN Usted dirá.

DOLORITAS Como tutor de mi hija, ¿no podría usted imponer su autoridad para impedir que haga el disparate de irse a vivir sola?

M. RONDÓN ¡Buenos están los tiempos para ejercer autoridad! Y ya conoce usted a su hija... ¿Usted sabe que me ha pedido cuentas muy detalladas de su capital, de sus rentas..., de cómo se ha administrado todo en estos años?...

MARQUESA ¡Qué atrevimiento! ¡Pedirle a usted cuentas!

M. RONDÓN A propósito... No porque se me hayan pedido en este caso, sino porque es una obligación en mí el darlas... Si podemos pasar a su despacho, Marqués; deseo que usted se haga cargo del estado actual de los bienes de su esposa... De lo que posee en usufructo y de lo que puede disponer libremente. Traigo todos los datos y documentos...

M. MONT. ¡Por Dios, Marqués! Yo no quisiera de ningún modo...

M. RONDÓN Comprendo su extremada delicadeza; pero no puede usted eximirse.

DOLORITAS Comprende también la delicadeza de nuestro amigo... Es para su tranquilidad.

M. RONDÓN Eso es; para mi tranquilidad.

M. MONT. Si es para su tranquilidad de usted... Vamos entonces..., cuando usted quiera...

MANOLO Me despido.

M. RONDÓN No, amigo Pomar. Venga usted con nosotros. Puede usted ayudarnos. Usted es como de la familia.

M. MONT. Y que tú te harás cargo mejor que yo... A mí los números me han mareado siempre... Vamos, Marqués... *(Salen el Marqués de Montiel, el Marqués de Rondón y Manolo.)*

ESCENA IX

DOLORITAS y la MARQUESA DE RONDÓN.

MARQUESA ¿Ve usted mucho a Paulina?

DOLORITAS Sí, algunos días viene un momento. Nosotros sólo hemos ido una vez por su casa... He advertido en ella cierta frialdad... Sin duda por el disgusto de Isidoro...

MARQUESA Sí, ese Isidoro... Yo no sé lo que se propone. A mi marido le va a costar la vida... Paulina quiere mucho a su padre; pídale usted que interceda con ella para que convenza a Isidoro de que no continúe en una lucha peligrosísima para todos.

DOLORITAS No, Marquesa; no me pida usted nada que se refiera a Isidoro; he llegado a tenerle miedo.

MARQUESA ¿Es posible?

DOLORITAS Si sólo fuera ambicioso de dinero..., pero es ambicioso de que todo esté sometido a su voluntad;

de que suceda lo que suceda, bueno o malo, todo sea porque él lo ha querido... Sería capaz de arruinarnos a todos, de arruinar también nuestra vida, no porque nos odie ni le importemos; sólo por demostrarnos que puede más que todos... Oigo la voz de Paulina... ¿Lo ve usted? Esta visita inesperada me asusta...

ESCENA X

DICHOS y PAULINA.

PAULINA ¡Ah, Doloritas, no me habías dicho que no estabas sola!... ¿Cómo está usted, Marquesa?

MARQUESA ¿Te molesta encontrarme?

PAULINA No. ¿Por qué?

MARQUESA El que tu marido haga la guerra al mío no es razón para que nosotras nos peleemos. Yo creo, al contrario, que a las mujeres nos corresponde poner paz, no aumentar la discordia... Yo confío en que tú nos ayudes.

PAULINA No confíen ustedes. Aunque Isidoro no tuviera razón, mi deber será siempre estar a su lado.

MARQUESA ¿Qué razón tiene? Mi marido está dispuesto a transigir en todo...

PAULINA Ya es tarde... Isidoro está decidido a desentenderse por completo de la Sociedad, para hablar muy claro... de todo.

MARQUESA ¿Desentenderse?

PAULINA Sí; aprovechándose de las habilidades de su marido de usted, que han producido un alza inesperada, Isidoro piensa vender sus acciones... a cualquiera... Veremos si así también es una razón para que suban más todavía...

MARQUESA ¿Vender sus acciones? Pero eso sería el descrédito... Y venderlas, ¿a quién? A cualquiera... Eso no puede ser... Es preciso que mi marido lo sepa

ahora mismo... Venga usted conmigo, Doloritas... Isidoro se ha propuesto arruinarse y arruinarnos..., todo por amor propio... Es una locura. (*A Paulina.*) No comprendo cómo tú lo consientes y lo apruebas...

PAULINA Doloritas sabe cuánto nos importa a todos desligarnos en absoluto. Ya no se trata de intereses; es cuestión de dignidad.

MARQUESA ¿Qué quieres decir?

DOLORITAS ¡Cuestión de dignidad! Ahora lo habéis pensado... ¿Es Isidoro el que habla de dignidad? ¡Vamos, vamos, Marquesa!... Ya veo lo que se proponen. Es preciso que yo hable con José Manuel..., que él no nos desampare contra todos, que él sepa lo que pretenden hacer sus hijos... (*Salen la Marquesa y Doloritas.*)

ESCENA XI

PAULINA, y a poco ISIDORO.

PAULINA ¡Isidoro!...

ISIDORO ¿Aún no has hablado con tu padre?

PAULINA No me han dado tiempo ni de anunciar tu visita. Pero ya saben a lo que estás decidido.

ISIDORO ¿Les has dicho que estaba dispuesto a vender todas mis acciones?

PAULINA Sí. La Marquesa se ha consternado.

ISIDORO ¿Por qué? Puede comprarlas el Marqués como ha comprado las de tantos infelices accionistas... Claro es que éstas no le costarán tan baratas...

PAULINA Pero tú crees que la Sociedad...

ISIDORO Conmigo hubiera podido salvarse..., pero sólo conmigo... Yo contaba con capital extranjero..., los pequeños accionistas estaban todos de mi parte... Pero no estoy dispuesto a trabajar para que el Marqués se pavonee y haga creer a todos

que a él sólo se debe cuanto yo tenía planeado... Y mis planes, ¡oh mis planes! Hubiera sido algo grande... La paz o la guerra hubiera estado en nuestras manos..., hubiera sido una federación de todas las industrias metalúrgicas..., hubiera sido una internacional más poderosa que ninguna otra..., y verlo empequeñecido todo, arruinado... por mezquindades de espíritu... El Marqués aún tiene esperanzas, porque le han hecho creer que un Gobierno extranjero trata de asegurarse bajo cuerda todas las existencias y la producción de nuestra Metalúrgica... Pero estoy mejor informado que él... Las negociaciones se desharán... cuando yo quiera... El desengaño será la ruina del Marqués..., que entretanto comprará todas las acciones que se le ofrezcan... muy ilusionado.

PAULINA
ISIDORO

¿Y dices que será su ruina? Me asusta...
¿Quién sabe? A lo mejor, soy yo el equivocado. Así son los negocios...; también a mí han podido engañarme. Y en ese caso, vender las acciones sería un mal negocio... Ahora, que en este caso, yo prefiero mi libertad de acción, mi tranquilidad..., nuestra tranquilidad. Porque ya tu padre podría disponer de su vida, recobrar su libertad si le conviene... Le haremos comprender que hay motivos sobrados para ello... Verá el Marqués que yo soy el que dispone siempre y que yo no amenazo en vano...

ESCENA XII

DICHOS y el MARQUÉS DE MONTIEL.

M. MONT. *(A Paulina.)* Venía a hablar contigo yo solo; pero me alegro de encontraros juntos. Estando aquí Isidoro, hablemos ante todo de intereses... Lo más importante.

ISIDORO Debo advertirte, porque creo que aún no has acabado de conocerme..., que si para mí, como dices, la cuestión de intereses es lo más importante, es porque para mí la palabra intereses tiene un sentido muy amplio..., tan amplio..., que a veces mi verdadero interés está en sacrificar mis intereses... Ahora estoy dispuesto a sacrificarlos por ti...

M. MONT. ¿Por mí? Sin reparar en nada. Pero ya somos todos negociantes. ¿No me casasteis para eso?... También sin reparar en nada. Negociemos... ¿Estás dispuesto, según dices, a vender tus acciones?... Yo te las compro...

PAULINA ¿Tú?

ISIDORO ¿Por consejo del Marqués?

M. MONT. Porque creo que es un buen negocio...

ISIDORO Y creyéndolo así el Marqués, ¿consiente en cedértelo? ¿Es su regalo de boda como padrino? Si ha sido él quien te ha aconsejado, desconfía del consejo... No es a ti, es a él a quien le conviene adquirirlas...

M. MONT. ¿No estás seguro de que sea un buen negocio, y por ser yo de la familia temes arruinarme?... Nunca te he visto tan escrupuloso...

ISIDORO Es que yo no quiero que tú tengas nada que ver en los negocios del Marqués; es que tampoco lo quiere Paulina... Es que después de lo que hemos sabido...

M. MONT. Lo que sabías antes... Lo que creías que yo sabía... Ahora es cuando lo sé, y no por ti, ni por mi hija... Ahora sé lo que no os importaba haber hecho de este viejo arruinado por sus locuras, pero nunca por sus maldades... (*A Isidoro.*) De ti no me quejo. De mi hija, sí; tú has podido ser el nuevo yerno, como tú dices de ti mismo; pero de los hijos..., yo nunca creí que su corazón pudiera cambiar porque cambiaran los tiempos..., que hubiera nuevos hijos y nue-

vos padres..., y nuevo todo..., para que a los viejos no nos quede que desear más que morirnos cuanto antes para huir de tantas novedades con las que no es posible la vida.

PAULINA Tiene razón mi padre... Yo no he debido consentir nunca... Perdóname, perdóname.

M. MONT. No; no tengo que perdonarte. Lo que has hecho lo has hecho por obedecer a tu marido, por quererle mucho. Menos mal; algo has salvado en tu corazón; tu madre hubiera hecho lo mismo. Ya ves: en eso tengo que reconocer que no todo ha cambiado con los tiempos... Tu madre también estuvo siempre de mi parte, con razón o sin ella... Sin razón casi siempre, para alabanza suya y para vergüenza mía...

PAULINA Isidoro... Es preciso deshacer el mal que hemos hecho.

ISIDORO Ya sabe tu padre que es dueño de su voluntad: que puede dejar esta casa cuando quiera; venir a la nuestra...

M. MONT. ¿Ahora?... ¡Eso no! Yo no puedo dejar esta casa. Al manejar me como una de tus cifras... no constaste conque esta cifra tenía un corazón... Cuando por los errores, las culpas de mi vida, de mí podía creerse todo, no te importó que también creyeran lo que yo no hubiera consentido nunca... Ahora sí lo consiento... Ahora sí; porque entre un corazón que confiesa sus culpas noblemente y otro que noblemente las perdona, ya nada debe interponerse; cuando habla el corazón, ni los juicios ajenos, ni aun la conciencia propia, nadie tiene derecho a hablar más alto... No pensabas en ello; poco os importaba; pero sin querer me habéis dado la felicidad. Siempre hay algo imprevisto en los negocios mejor planteados... Isidoro, yerno mío..., asegúrame que ya no importa para tus combinaciones financieras... el que yo tenga que trastornar otra vez mi vida...

- ISIDORO Si has encontrado en tu corazón la fórmula caballeresca de perdonarlo todo y vivir tan tranquilo y tan dichoso..., soy el primero en felicitar-me...
- M. MONT. Mira, Isidoro, yo no sé si habrá siempre pobres y ricos, pero siempre habrá nobles y plebeyos...
- ISIDORO Y siempre necesitaremos unos de otros...
- M. MONT. Y nunca podremos entendernos...
- PAULINA Sí. ¿Por qué no? No me disculpabas de no haber sido buena hija por querer demasiado a mi marido... Ya ves cómo es fácil entenderse cuando se quiere...
- M. MONT. Sí, cuando uno quiere... lo que quiere el otro... Así es siempre el cariño: no la unión de dos voluntades, sino el dominio de la voluntad más fuerte.
- ISIDORO Así es el cariño y así es la vida... Sólo triunfa el que puede... También nosotros tendremos nuestros nuevos yernos.
- M. MONT. ¿Mejores o peores? ¿Qué crees tú?
- ISIDORO Los que hayamos merecido. Todo lo que nos sucede en la vida es consecuencia nuestra, y bueno o malo, hay que aceptarlo. Es nuestra recompensa o nuestro castigo...
- M. MONT. Entonces..., ¡Dios os coja confesados a los nuevos yernos cuando lleguéis a suegros de los yernos futuros!...
- PAULINA No... Siempre estaremos nosotras para poner paz entre los viejos suegros y los nuevos yernos... (*A Isidoro.*) No mires que es tu suegro; piensa que es mi padre... (*Al Marqués de Montiel.*) No mires que es tu yerno; piensa que es mi marido..., más aún: el padre de mi hijo...
- ISIDORO ¿Qué dices, Paulina? ¿Es verdad?...
- M. MONT. ¡Un Marqués de Montiel, hijo tuyo!
- ISIDORO ¡Un Isidoro Fernández, tu nieto!
- PAULINA ¡Un hijo mío! (*Al Marqués.*) De tu hija. (*A Isidoro.*) De tu esposa... ¿Qué importa el nombre? Que él ponga paz entre vosotros.

ISIDORO Pero ¿no comprendes que ahora más que nunca no debo ceder por nada?... O el Marqués se entrega a mí por completo, me cede la gerencia, me vende todas las acciones que ha comprado y las que eran de Doloritas y hoy son de su hija...

M. MONT. Me las vende a mí, que es lo mismo. También compro las tuyas si quieres. Doloritas me ha autorizado para todo. Yo pensaba regalárselas a Paulina; ahora ya tengo a quién regalárselas: al futuro Isidoro Fernández, aunque yo no quisiera..., futuro Marqués de Montiel..., aunque a ti te disguste. Aunque yo sé que en el fondo... estás orgulloso... Pero ya que el ser yerno del viejo Marqués de Montiel no haya ennoblecido tu espíritu, que lo ennoblezca el ser padre del futuro heredero del título... El dinero no es todo en la vida...

ISIDORO Sí; eso quieren hacer creer todos los que no lo tienen, para ver si los que lo tenemos nos desprendemos de algo... Pero usted sabe muy bien que el dinero es todo... Que si recordamos algunos momentos felices de nuestra vida tenemos que reconocer que se los debemos al dinero..., que por el dinero podemos ser generosos y caritativos, demostrar nuestro afecto a las personas queridas; que el dinero nos asegura la independencia de nuestro corazón y de nuestro entendimiento; que el dinero pone a prueba la maldad y la bondad de los hombres, a los traidores y a los leales. Y como yo quiero todo eso para mi hijo, ahora quiero más dinero que nunca... ¡Mucho dinero! Y por eso no cederé en nada. O la Sociedad se pone en mis manos, y todo se rinde a mi voluntad, o... por el nombre de Isidoro Fernández, futuro Marqués de Montiel, que los arruino a todos... *(Han salido un poco antes Doloritas, la Marquesa de Rondón y Manolo y han oído las últimas palabras de Isidoro.)*

ESCENA XIII

DICHOS, el MARQUÉS y la MARQUESA DE RONDÓN, DOLORITAS y MANOLO.

M. MONT. — *(Al Marqués de Rondón.)* Ya lo oye usted.

M. RONDÓN ¡Arruinarnos a todos! ¿Por qué Isidoro? Usted tiene sus ambiciones; yo tengo mi vanidad... Yo seré el presidente honorario... si usted quiere... Usted dispone, usted manda. Ya sabe el Marqués que estoy dispuesto a cederle la mitad de mis acciones...

ISIDORO Yo le ofrezco a usted las mías...

M. RONDÓN Es una locura que no puedo consentir... Usted sabe que las acciones suben, que he recibido un telegrama en que se me anuncia...

ISIDORO Sí.. No lo crea usted.

M. MONT. ¿Por qué?

ISIDORO Porque ese telegrama es mío.

M. RONDÓN No es posible... Pero si eso fuera..., ha sido una idea genial..., porque las acciones, a pesar de la alarma de estos días..., suben como la espuma.

ISIDORO Y subirán más... Y lo que hoy es mentira será verdad al fin si ustedes me dejan... Pero sólo a mí..., yo solo..., que no haya más voluntad que la mía.

M. MONT. Póngase usted en sus manos. A mí no me ha ido tan mal, aunque otra cosa diga...

M. RONDÓN Pero no le he dicho que él manda, que él dispone... Pero que se respete mi presidencia... Es mi pequeña vanidad... Ya no soy senador, ya no puedo aspirar a nada... Si me quitan la presidencia de la Sociedad, ¿qué me queda?

M. MONT. Isidoro, considera que gracias a ti ya somos todos una familia.

DOLORITAS No; Isidoro y Paulina me quieren menos desde que soy de la familia.

ISIDORO No, Doloritas. Es que voy a ser franco contigo..., la gente es tan mala... A Paulina le habían dicho cosas... Pero estaba violenta porque no sabía si decírtelo...; temía disgustarte...; ella estaba también disgustada...

DOLORITAS Y tú la habrás convencido de que no hay razón para el menor disgusto, ¿no es eso? Gracias a Dios, Paulina, te quiere tanto, que sólo piensa y sólo cree lo que tú quieres... Así debe ser...

PAULINA Si mi padre es dichoso, ¿qué más puedo yo desear?

ISIDORO *(Al Marqués de Rondón y al Marqués de Montiel.)*
¿Qué pienso hacer?... Verán ustedes. Estoy seguro de que van ustedes a asustarse... Es un proyecto tan atrevido... Va a parecerles a ustedes tan imposible de realizar... Es como una gran confederación internacional de los negocios... Algo que esté sobre todo, a lo que haya de someterse la política de las naciones, sus tratados y sus alianzas; una entidad que de puro fuerte en la realidad ha de parecer como un ideal, ha de ser como una religión..., una abdicación de la voluntad de todos en nombre de una idea..., una idea... Ya saben ustedes. Ahora no es ocasión.
(Todos se han ido acercando a escucharle.)

M. RONDÓN Siga usted, siga usted.

DOLORITAS Sigue, sigue.

MANOLO Es admirable.

M. MONT. ¡Admirable!

ISIDORO Pues si tanto les interesa a ustedes... Van ustedes a oír... Oigan ustedes... *(Va cayendo el telón mientras Isidoro expone sus planes.)*

FIN DE LA COMEDIA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.



- El nido ajeno*, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.

- ¡Libertad!*, comedia en tres actos. (Traducción.)
- El tren de los maridos*, comedia en dos actos.
- Alma triunfante*, comedia en tres actos.
- El automóvil*, comedia en dos actos.
- La noche del sábado*, comedia en cinco cuadros.
- Los favoritos*, comedia en un acto.
- El hombrecito*, comedia en tres actos.
- Por qué se ama*, comedia en un acto.
- Al natural*, comedia en dos actos.
- La casa de la dicha*, comedia en un acto.
- El dragón de fuego*, drama en tres actos.
- Richelieu*, drama en cinco actos. (Traducción.)
- Mademoiselle de Belle-Isle*, comedia en cinco actos. (Traducción.)
- La princesa Bebé*, comedia en cuatro actos.
- «*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
- Rosas de otoño*, comedia en tres actos.
- Buena boda*, comedia en tres actos. (Traducción.)
- El susto de la Condesa*, diálogo.
- Cuento inmoral*, monólogo.
- Manón Lescaut*, drama en seis actos.
- Los malhechores del bien*, comedia en dos actos.
- Las cigarras hormigas*, juguete cómico en tres actos.
- El encanto de una hora*, diálogo.
- Más fuerte que el amor*, drama en cuatro actos.
- El amor asusta*, comedia en un acto.
- Los Buhos*, comedia en tres actos.
- La historia de Otelo*, boceto de comedia en un acto.
- Los ojos de los muertos*, drama en tres actos.
- Abuela y nieta*, diálogo.
- Los intereses creados*, comedia de polichinelas en dos actos.
- Señora ama*, comedia en tres actos.
- El marido de su viuda*, comedia en un acto.
- La fuerza bruta*, comedia en un acto y dos cuadros.
- Por las nubes*, comedia en dos actos.
- La escuela de las princesas*, comedia en tres actos.

El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.

Ganarse la vida, juguete en un acto.

El nietecito, entremés.

La señorita se aburre, comedia en un acto.

La losa de los sueños, comedia en dos actos.

La Malquerida, drama en tres actos.

El Destino manda, drama en dos actos.

El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.

La propia estimación, comedia en tres actos.

Campo de armiño, comedia en tres actos.

La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)

La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados*.)

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.

El mal que nos hacen, comedia en tres actos.

De cerca, comedia en un acto.

Los cachorros, comedia en tres actos.

Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.

La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.

La ley de los hijos, comedia en tres actos.

Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.

La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.

La honra de los hombres, comedia en dos actos.

El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.

La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.

Una señora, novela escénica en tres actos.

Una pobre mujer, drama en tres actos.

Más allá de la muerte, drama en tres actos.

Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.

Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.

Un par de botas, comedia en un acto.

La otra honra, comedia en tres actos.

La virtud sospechosa, comedia en tres actos.

Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador, humorada en tres actos.

Alfilerazos, comedia en tres actos.

Los nuevos yernos, comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.

Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.

La Sobresaliente, un acto, música de Chapi.

La copa encantada, un acto, música de Lleó.

Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.



Precio: **2,50** pesetas.
